

LA REPRESENTACIÓN DEL CONFLICTO ARMADO INTERNO EN *LOS
RENDIDOS*, DE JOSÉ CARLOS AGÜERO Y *LA DISTANCIA QUE NOS
SEPARA*, DE RENATO CISNEROS

by

Manuel Andrés Zelada Pierrend

A Thesis Submitted in
Partial Fulfillment of the
Requirements for the Degree of

Master of Arts
in Spanish

at

The University of Wisconsin-Milwaukee

May 2020

ABSTRACT

LA REPRESENTACIÓN DEL CONFLICTO ARMADO INTERNO EN *LOS RENDIDOS*, DE JOSÉ CARLOS AGÜERO Y *LA DISTANCIA QUE NOS SEPARA*, DE RENATO CISNEROS

by

Manuel Andrés Zelada Pierrend

The University of Wisconsin-Milwaukee, 2020
Under the Supervision of Professor César Ferreira

Este trabajo analiza la forma en que el Conflicto Armado Interno peruano (1980-1999) es representado en las obras *Los rendidos* y *La distancia que nos separa*, de José Carlos Agüero y Renato Cisneros, respectivamente. Ambos autores son hijos de actores que participaron en dicho conflicto: Agüero es hijo de miembros del grupo subversivo Sendero Luminoso y Cisneros, de un general del Ejército peruano. Dada la naturaleza testimonial de las obras estudiadas, las cuales describen la relación entre padres e hijos durante el Conflicto Armado Interno, nuestro objetivo es analizar de qué manera este aparece y afecta dichas relaciones. Nuestra hipótesis es que dicho conflicto motiva una tensión entre la vida privada y pública de los protagonistas de estas obras, la cual se manifiesta en otra tensión entre ficción y realidad, y afecta la objetividad y subjetividad expresadas en ambos textos. Cada una de estas tensiones configura, por tanto, una dimensión de la representación del Conflicto Armado Interno en las obras estudiadas.

ABSTRACT

LA REPRESENTACIÓN DEL CONFLICTO ARMADO INTERNO EN *LOS RENDIDOS*, DE JOSÉ CARLOS AGÜERO Y *LA DISTANCIA QUE NOS SEPARA*, DE RENATO CISNEROS

by

Manuel Andrés Zelada Pierrend

The University of Wisconsin-Milwaukee, 2020
Under the Supervision of Professor César Ferreira

This work analyzes how the Peruvian Conflict Armado Interno (1980-1999) is depicted in *Los rendidos* and *La distancia que nos separa*, by José Carlos Agüero and Renato Cisneros, respectively. Both authors are the children of actors involved in that conflict: Agüero is the son of members of subversive group Sendero Luminoso and Cisneros is the son of a Peruvian Army general. Given the testimonial nature of the works studied, which describe the relationship between parents and children during the Conflict Armado Interno, we want to analyze how it appears and affects these relationships. Our hypothesis is that this conflict motivates a tension between protagonist's private and public life, which manifests itself in another tension between fiction and reality and affects how objectivity and subjectivity is expressed in both texts. Each one of these tensions shapes a dimension of the Conflict Armado Interno's representation in both works.

ÍNDICE
TABLE OF CONTENTS

	PÁGINA
Abstract	ii
Índice	iv
Agradecimientos	v
CAPÍTULO	
I. Introducción	1
Literatura y Conflicto Armado Interno	2
Los autores y sus obras	4
Contenido por capítulos	5
II. Estructura de la dimensión realidad-ficción en la representación del Conflicto Armado Interno	7
Contexto externo de las obras	7
Contexto interno de las obras	12
Realidad y ficción en las obras	24
III. Estructura de la dimensión público-privado en la representación del Conflicto Armado Interno	31
La tensión público-privado en el texto de Cisneros	36
La tensión público-privado en el texto de Agüero	46
IV. Estructura de la dimensión subjetividad-objetividad en la representación del Conflicto Armado Interno	51
Subjetividad en las obras	51
Objetividad en las obras	60
V. Conclusiones	73
REFERENCIAS	76

AGRADECIMIENTOS ACKNOWLEDGEMENTS

En primer lugar, queremos agradecer al profesor César Ferreira por su amable disposición e invaluable asesoría, sin las cuales este trabajo habría resultado imposible. Tanto la motivación inicial para realizarlo como el atento seguimiento a su elaboración han sido resultado de las conversaciones sostenidas con él, en las que se hizo patente no solo su amplio dominio de las humanidades sino su calidez humana y vocación docente.

Asimismo, queremos agradecer a la profesora Nancy Bird-Soto, quien se ofreció a leer estos papeles brindando no solo oportunos comentarios que ayudaron a subsanar nuestros vacíos y opacidades, sino motivándonos a ahondar más detenidamente en las posibilidades de análisis que ofrecían los textos estudiados. La sección dedicada a la relación entre el ámbito público y el privado al interior de las obras elegidas está construida, en gran parte, gracias a la bibliografía que atentamente nos sugirió.

Finalmente, queremos agradecer a la plétora de amigos y familiares que directa e indirectamente nos han ayudado a continuar en este proyecto brindándonos cariño y aliento. Sin esa cotidianidad reconstruida en la distancia gracias a ellos, probablemente la soledad y el caos nos habrían consumido.

I

Introducción

En una carta a Gershom Scholem del 24 de julio de 1963, dos años después de haber presenciado el juicio de uno de los responsables de la persecución, deportación y confinamiento de judíos en campos de concentración, Adolf Eichmann, en Jerusalén, Hannah Arendt afirma que el mal es siempre banal. Lo que la filósofa quiere decir con ello no es que el mal sea un asunto de poca importancia, sino que, cuanto uno más ahonda en él, menos razones encuentra para darle un sentido (Arendt 37-38). El mal rehúye, así, los esfuerzos humanos para entenderlo y procesarlo: se trata de un fenómeno escurridizo y que, por lo mismo, se cuela fácilmente en la vida social y, a través de esta, en la historia. De ahí, precisamente, que Arendt plantee que Eichmann no es alguien muy distinto a cualquier otro ser humano (Arendt 11-15). La necesidad de demonizarlo, de apartarlo del género humano, puede responder, por ello, al temor de hallar entre él y nosotros un parecido.

En el fondo, toda guerra motiva un posicionamiento por parte de aquel que la vive y aquel que la testimonia, en el cual se pone en juego la humanidad —o inhumanidad— del contrincante, del vencedor y del vencido. La realidad de posguerra se diseña inevitablemente sobre estas decisiones: quiénes son los enemigos y las víctimas, a quiénes cabe olvidar o recordar, y cómo. El Conflicto Armado Interno peruano, entre el Estado y los grupos subversivos Sendero Luminoso (SL) y Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) no es una excepción. Las interpretaciones en pugna sobre el conflicto ponen en juego la humanidad de los actores implicados en ella, en tanto enemigos, los construyen como una excepción aparte de la sociedad civil y el género humano.

Resultan, por ello, cuanto menos interesantes las obras de José Carlos Agüero (*Los rendidos. Sobre el don de perdonar*) y Renato Cisneros (*La distancia que nos separa*), hijos de subversivos y militar, respectivamente, que recogen la memoria de sus padres. Al recordarnos que los enemigos son también padres, que pertenecen a una cotidianidad y tienen un universo afectivo propio, nos revelan a un enemigo que es parecido a nosotros y, con ello, nos obligan a revisar nuestras interpretaciones de la guerra. En este trabajo, nos interesa, precisamente, analizar la forma en que el Conflicto Armado Interno peruano es presentado en ambas obras con la intención de acercarnos a esa relación, aparentemente contradictoria, entre parentalidad y agencia política. Para ello, nos parece necesario hacer una breve presentación sobre el Conflicto Armado Interno y su relación con la literatura, así como sobre los autores y las obras a estudiar aquí.

Literatura y Conflicto Armado Interno

El Conflicto Armado Interno inicia oficialmente con la declaración de guerra al Estado peruano hecha por SL en 1980, a la que se sumaría el MRTA cuatro años después. El término del conflicto se fecha en 1999 con la captura del camarada Feliciano y, con esta, la desarticulación del último gran núcleo armado de SL (Degregori 3-7). Si bien existían precedentes de tomas de tierras y conflictos campesinos que datan de 1960 en la sierra peruana, la dimensión y características del Conflicto Armado Interno impide equiparlos con estos. En primer lugar, los conflictos previos tenían por objetivo otorgar la propiedad de la tierra a los campesinos y se dirigían contra los grandes hacendados. En segundo lugar, estos conflictos se dieron en el marco de un gobierno militar de carácter reformista e interesado en buscar una solución al problema de la propiedad de la tierra. Finalmente, el número de muertos dejados por estos conflictos no supera los doscientos. El Conflicto Armado Interno, en cambio, contó con bandos específicos enfrentados por el control

del territorio nacional, inició en el momento en que el país retornaba a la democracia tras las elecciones de 1980 y dejó un aproximado de 69 000 muertos (Burt 24-36).

Tras el Conflicto Armado Interno, en el año 2001, se estableció la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR) con el objetivo de ahondar en las causas y consecuencias del conflicto. Tras la publicación de su *Informe final*, en 2003, se creó el Consejo de Reparaciones y se estableció el Registro Único de Víctimas que busca otorgar justicia a los afectados por el Conflicto. Sin embargo, se excluyó de este beneficio a quienes hubiesen tenido relación con los grupos subversivos (Consejo de Reparaciones de la República del Perú).

Esto último resulta problemático si consideramos la coyuntura política del país entre 1992-2000. En abril del 92, el entonces presidente Alberto Fujimori llevó a cabo un autogolpe gracias al cual concentró todo poder del Estado en el Ejecutivo. Al fortalecimiento del Poder Ejecutivo se le sumó la militarización del país con motivo de la guerra contra los subversivos. Esta alianza entre el Poder Ejecutivo y el Ejército, sumado al contexto de guerra interna, permitió la vigilancia de la ciudadanía y represión de la oposición política. En otras palabras, el concepto de terrorista y el de opositor al régimen se confundieron. La victoria del Estado sobre los subversivos en este contexto político sirvió para confirmar la necesidad de estas medidas y difundir una versión triunfal de los hechos en la que se enfatizaba su condición de enemigos de la sociedad. En el fondo, esto motivó una polarización de la sociedad en aliados y enemigos que aún se mantiene vigente en el Perú (Burt 315-390). De hecho, la demonización del terrorista y su exclusión de la esfera pública es frecuente en muchos ámbitos de la vida social del país (Aguirre 103-110).

Frente a esta versión oficial de la guerra, las ciencias sociales y la crítica literaria han buscado dar una voz tanto a las víctimas como a los subversivos y militares. Los trabajos de Ponciano del Pino y Caroline Yezer (2013), y Lucero de Vivanco (2016, 2018) resultan

particularmente significativos. Mientras los primeros recogen y analizan los testimonios sobre la incidencia del Conflicto en comunidades campesinas de la sierra peruana, la segunda analiza el rol de la narrativa relativa al Conflicto en la construcción y expresión de la memoria colectiva. Se trata, entonces, de una vertiente teórica que cuestiona la versión oficial de la guerra desde el recojo de testimonios y la construcción de la memoria colectiva.

Existen, sin embargo, obras como las de José Carlos Agüero y Renato Cisneros, analizadas en este trabajo, que reúnen ambas características. Ciertamente, ambas plantean una reflexión testimonial, desde la perspectiva de dos testigos del Conflicto, pero, a su vez, esa voz testimonial se construye en relación con otras voces. Esto, sin embargo, plantea el problema respecto del límite de la subjetividad presente en la perspectiva y el estilo personal del autor, y la objetividad relativa a los hechos narrados y agentes involucrados.

Los autores y sus obras

José Carlos Agüero (Lima, 1975) es historiador y poeta. Su obra *Los rendidos. Sobre el don de perdonar* es una colección de reflexiones sobre el Conflicto Armado Interno que abarcan desde la experiencia personal y cotidiana de la vida con su madre, miembro de SL, hasta la discusión teórica de las perspectivas jurídicas sobre el Conflicto. Renato Cisneros (Lima, 1976) es escritor y periodista. Su obra *La distancia que nos separa* es una novela de carácter autobiográfico sobre la vida de su padre, el general Luis Federico Cisneros Vizquerra, “El Gaucho”, quien dirigió distintos operativos antes y durante el Conflicto.

Ambas perspectivas son, así, opuestas: una narrada desde la perspectiva de un hijo de subversivos y la otra desde la perspectiva de un hijo de militar. También, ambas se distinguen en el lenguaje usado: el ensayo, en el caso de Agüero y la novela, en el de Cisneros. Más allá de estas diferencias,

que resultan importantes para poder llevar a cabo un análisis de las obras, es importante considerar el problema común ya mencionado: en ambas la subjetividad de la experiencia personal se entrecruza con la objetividad de los hechos y agentes presentados. Consideramos, por ello, que la presentación del Conflicto Armado Interno en las obras debe estudiarse en el marco de una relación dialéctica entre subjetividad y objetividad, en el que dialéctico hace referencia al diálogo continuo y necesario entre la voz del hijo y sus recuerdos sobre los padres, y otras voces presentes en la realidad social.

Para nuestro análisis recurrimos a la primera edición de *Los rendidos*, del año 2015. Sin embargo, en el caso de la novela de Cisneros, dada la relevancia de las diferencias entre los prólogos de la primera edición de 2015 y la de 2018, recurrimos a ambas. En el texto, especificaremos a cuál hacemos referencia cuando sea necesario.

Contenido por capítulos

En razón de lo anterior, dividimos este trabajo en tres capítulos. El primer capítulo analiza como el Conflicto Armado Interno penetra la realidad de las obras al ser parte inseparable de la memoria de los padres. La parentalidad y la agencia pública de los padres se articula en ellas gracias a la imaginación literaria, que permite trazar vínculos entre ambas.

El segundo capítulo descubre y profundiza sobre la incidencia del Conflicto en la vida privada de la familia. Este aparece como una amenaza, pero también como una guía para la estructura del orden familiar, lo que revela la compleja relación entre los ámbitos público y privado al interior de las obras estudiadas.

El tercer capítulo recoge el rol de la imaginación literaria y la complejidad de la relación público/privado, analizadas en los otros dos, para mostrar la forma en que la voz de los hijos se

articula con las voces provenientes de la realidad social. Con ello, la subjetividad de la primera aparece en diálogo con la objetividad de las segundas. Esta relación se muestra fructífera, por lo mismo, tanto a nivel personal como social: permite a los hijos cuestionar los recuerdos de los padres y a los lectores (y a la sociedad en tanto lectora) cuestionar las interpretaciones polarizadas sobre la guerra y sus actores. Finalmente, presentamos una síntesis de nuestro trabajo en las conclusiones.

II

Estructura de la dimensión realidad-ficción en la representación del Conflicto Armado Interno

Contexto externo de las obras

Durante los años 1983 y 1992, transcurrió el periodo más intenso del enfrentamiento entre los grupos subversivos Sendero Luminoso y Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, y el Estado peruano, conocido con el nombre de Conflicto Armado Interno. El resultado del conflicto fue un promedio de 69 000 muertos y 600 000 desplazados, lo cual modificó radicalmente el perfil demográfico del país (CVR, Anexo 2). La versión oficial del conflicto, promulgada por el Estado, pasa por la captura del líder de Sendero Luminoso, Abimael Guzmán, en 1992 y la consiguiente derrota del terrorismo. Como afirma Jo Marie Burt (327-398), el gobierno de Alberto Fujimori (1990-2000) se apresuró en afirmar la victoria sobre Sendero Luminoso y la pacificación del país sin indagar sobre las causas del conflicto.

La pacificación, sin embargo, se logró sobre la base de una exclusión radical de la figura del opositor, ya sea o no militante de grupos subversivos, de la esfera ciudadana, con lo cual no solo el Gobierno ejercía una vigilancia extrema de la ciudadanía, sino que establecía en ella una brecha entre amigos y enemigos del régimen (Degregori 14-75). En este contexto, en el que la paz no conlleva una indagación por los problemas que motivaron la subversión ni una reparación de las brechas sociales existentes en el país, sino que se impone sobre estas, es entendible que sea difícil, para los propios peruanos, pensar en el Perú como un país de posguerra (Vich 13-14)¹.

¹ Podría argumentarse que el establecimiento de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, y el Plan Integral de Reparaciones, orientados al esclarecimiento del conflicto y la restitución de las víctimas de este, manifiestan la voluntad del Estado por recuperar la memoria y subsanar las brechas sociales de la guerra interna. Sin embargo, el Plan Integral de Reparaciones excluye a los procesados judicialmente por terrorismo, por lo que se sostiene sobre la

Frente a la versión oficial, las distintas narrativas –novelas, cuentos, largometrajes, testimonios, etc.– han recurrido de diferentes maneras a la temática del Conflicto Armado Interno elaborando y reelaborando las distintas memorias sobre este y recreando de diferentes maneras las emociones y sentimientos motivados por el conflicto. Como afirma Lucero de Vivanco, ello no ha supuesto solamente un acto de visibilización política, sino de compensación frente al desinterés del Estado peruano en seguir ahondando en el conflicto (“Tres veces muerto” 131). Concordamos con la autora, por ello, en que estas narrativas pueden ser vistas como memorias sucedáneas, en tanto buscan llenar ciertos vacíos en las memorias sobre el conflicto, pero sin ostentar el reconocimiento oficial que implica la puesta en práctica del aparato estatal (“Memorias sucedáneas” 286-287).

Por otra parte, entre la captura de Abimael Guzmán, en 1992, y la publicación de los textos de José Carlos Agüero y Renato Cisneros, en 2015, la temática de la guerra interna entre el Estado y los grupos subversivos no se ha agotado; por el contrario, ha motivado una reflexión cada vez más libre y distanciada de la perspectiva oficial promulgada por el Gobierno. Así, siguiendo a Gabriel Saxton Ruiz (6-15), autores como Santiago Roncagliolo, Alonso Cueto y Daniel Alarcón motivan, a través de sus novelas, una reflexión crítica sobre el conflicto que se cuida de la tradicional distinción entre buenos y malos². En esta línea, nos parece necesario entender las obras de Agüero y Cisneros como reflexiones más personales, en tanto se aproximan a la experiencia íntima y subjetiva de los autores, y que, de maneras diferentes, intentan sobreponerse a la polarización de la ciudadanía entre amigos y enemigos.

visión dicotómica de la ciudadanía entre amigos y enemigos del régimen a la que hemos aludido (Consejo de Reparaciones). Por su parte, la Comisión de la Verdad y Reconciliación ha motivado diversas críticas debido a su interés por mantener viva la memoria sobre el conflicto y, principalmente, al juzgar las acciones de las Fuerzas Armadas durante el conflicto (Milton 33-63).

² La lista, sin duda, es mucho más amplia. Al respecto, pueden verse el libro de Vich, *Poéticas del duelo* (2015), sobre arte relativa al Conflicto Armado Interno, o los artículos de De Vivanco (“Tres veces muerto”; “Memorias sucedáneas”), específicamente sobre narrativas.

Ambos autores escriben desde una posición testimonial: ambos son testigos de la violencia acaecida durante los años de la guerra interna, así como de sus consecuencias posteriores. Ambos son, también, hijos de los protagonistas de esta guerra, aunque, ciertamente, se sitúen en posiciones antagónicas. Agüero es hijo de miembros de Sendero Luminoso asesinados de manera extrajudicial, mientras Cisneros es hijo de Luis Cisneros Vizquerra, ‘El Gaucho’, un general del Ejército en actividad durante la fase más intensa del Conflicto Armado Interno.

Ninguno de los dos, sin embargo, asume la postura de los padres; por el contrario, en ambos casos, nos encontramos con obras cuya intención es acercarse, a la vez crítica e integralmente, a la experiencia de los padres. Ambos son explícitos en este punto. Cisneros describe su intención de ahondar en la vida de su padre como una necesidad por “desenterrar esos cadáveres amontonados, sacarlos a la luz, diseccionarlos, practicarles una autopsia general. No para saber qué los mató, sino para entender qué diablos los hizo vivir” (“Booket 2918” 74). Es importante notar el empleo del plural. Se trata, entonces, de reunir las diferentes facetas de su padre, como general, como esposo y, por supuesto, como padre, en la de un ser humano integral, más allá de la mera asociación de este con los antisubversivos. Se trata, en otras palabras, de ir más allá de esa dicotomía entre el Ejército peruano y Sendero Luminoso.

Agüero se plantea una tarea semejante cuando afirma: “escribo porque creo que a otros que han vivido situaciones parecidas, que son hijos de terroristas o que, más directamente, han militado en organizaciones subversivas y han sobrevivido, puede servirles que se hable de estos temas fuera de la intimidad de sus hogares” (15). Y, más adelante, afirma: “Porque desde este saber endeble, desde esta desposesión de la verdad, tengo la esperanza de que la duda y su modestia puedan invitarnos a abandonar nuestras trincheras y sentir curiosidad por el padecer de los que nos son ajenos e incluso odiados” (17). Se trata, como en el caso de Cisneros, de rescatar al ser humano

que existe detrás del rótulo de terrorista o militar, es decir, se trata de superar una visión dicotómica de los protagonistas del conflicto.

Es importante notar, que, en ambos casos, la figura de los padres se reconstruye como fragmentaria: tanto el plural empleado por Cisneros, como la desposesión de la verdad en Agüero implican una unidad frágil y tentativa de las memorias a narrar. Esto nos lleva a pensar que es posible identificar ambos textos con lo que Sarah Roos denomina *relato de filiación*, a decir: “la transmisión interfamiliar de una herencia mental, cultural social o política [que es al mismo tiempo] testimonio íntimo y personal de los acontecimientos macrohistóricos de un país con el objetivo de examinar, dudar y posiblemente contradecir la historiografía oficial” (340). Sin embargo, existe en el relato de filiación también una motivación personal, por la cual el sujeto busca reconstruir la propia historia de su personalidad, la cual, no obstante, siempre resulta fragmentaria, incompleta y conflictiva (Viart 107-112).

Como explica Lorena de la Paz Amaro, quien ha llevado adelante el único análisis comparativo existente a la fecha de ambas obras, los dos autores comparten la tarea de ahondar en la experiencia de los protagonistas del conflicto, quienes son, además, sus padres, pero lo hacen desde posiciones y estrategias opuestas: mientras Agüero acepta y asume la culpabilidad de los padres, Cisneros intenta sublimar la imagen dura y autoritaria del padre militar a través de la presentación de un relato familiar. Esta oposición es lo que lleva a De La Paz Amaro a afirmar la convencionalidad del texto de Cisneros, frente al valor crítico del de Agüero (117-118). Consideramos que un análisis comparativo como el de la autora, que se oriente a juzgar el valor de ambos textos a partir de su potencial crítico, desconoce su diferente naturaleza e inhibe la posibilidad de ahondar en el valor propio de cada texto.

En primer lugar, porque ambos autores escriben desde un lenguaje distinto. Cisneros recurre al lenguaje de la novela, según sus propias palabras en el prólogo a la edición del 2018 (“Booket 2018” 11), aunque en la primera edición, de 2015, emplea el término autoficción (“Planeta 2015” 9). En ambos casos, sin embargo, deja en claro que se trata de una ficción narrativa. Por su parte, el lenguaje de Agüero es más próximo al de la ensayística. Como él mismo menciona, su texto posee una naturaleza indefinida que “agrupa relatos cortos, a media carrera entre reflexiones y apuntes biográficos de una época de violencia. Llamémoslos textos de no-ficción, sencillos, para no enrarecer el entreverado campo de la memoria” (13). En otras palabras, mientras Cisneros recurre al lenguaje de la ficción, Agüero se empeña en afirmar que su lenguaje es el de la no-ficción. Por tanto, desde el inicio, ambos autores plantean un posicionamiento ante los hechos a narrar que inhibe la posibilidad de juzgarlos como más o menos veraces, sin desatender a la naturaleza del lenguaje empleado por el autor.

En segundo lugar, porque la naturaleza testimonial de los textos impide establecer una comparación entre las vivencias descritas. Ciertamente, como explica Annette Wieviorka (xi-xii), las narraciones de testigos están impregnadas de una subjetividad intensa relativa a la propia intensidad con la que experimentaron las vivencias narradas. Esta es, por lo tanto, indisociable de su forma de presentar estas vivencias³. Dicha subjetividad es lo que lleva a Agüero a afirmar que escribe desde la duda (14) y que a ella apela y sea, probablemente, lo que lleva a Cisneros a rechazar, por su proximidad con la autobiografía, el rótulo de autoficción, presente en la primera edición, y cambiarlo, en la de 2018, por el de “novela a secas” (“Booket 2018” 11). Ambas

³ Annette Wieviorka se refiere a los testimonios de sobrevivientes judíos de la Segunda Guerra Mundial y busca rescatar su sentido y valor más allá del mero recurso historiográfico. Esta aclaración es importante, porque la defensa de Wieviorka busca crear un espacio de inteligibilidad y valoración propio del testimonio, y no afirmar que esta validez se extienda más allá de este espacio. En otras palabras, judicialmente, historiográficamente, etc., el testimonio puede seguir siendo juzgado como insuficiente, pero ello no quita que exista ya un valor inherente al texto testimonial (96-144).

aclaraciones pueden ser vistas como advertencias de que los textos a leer no son descripciones objetivas de hechos —o por lo menos, no pretenden serlo— y, por lo tanto, que su relación con la realidad está mediada por la subjetividad de sus autores. Su valor no radica, entonces, en la veracidad sobre los hechos que puedan demostrar, sino en la relación que existe, en ambas obras, entre una situación política de carácter público y la intimidad propia de los narradores. La forma en la que la intimidad y el conflicto público entre el Estado peruano y Sendero Luminoso se relacionan es, precisamente, el tema de nuestro siguiente apartado.

Contexto interno de las obras

Para entender la forma en que el Conflicto Armado Interno y la intimidad se relacionan en las obras que nos ocupan es importante considerar que, en ambos casos, estamos ante textos escritos en primera persona en los que la figura del autor coincide con el narrador, y cuenta o reflexiona sobre una historia que le es familiar. Concretamente, ambos autores escriben desde la memoria de los padres, por lo que el conflicto entre el Estado peruano y el terrorismo aparece enmarcado en este ejercicio de memoria.

En el caso de *La distancia que nos separa*, es la memoria del padre lo que articula la totalidad del texto. La novela está narrada de manera retrospectiva: empieza en 2006, cuando el narrador se plantea la tarea de ahondar en la figura de su padre, y, desde ese momento, se remonta al pasado (“Booket 2018” 19-27). Aunque el tiempo general de la narración avance desde la infancia del padre hasta su muerte, son frecuentes los saltos al pasado o al presente. Así, por ejemplo, la presentación del viaje de la familia a París en 1978 se intercala con imágenes del narrador recorriendo la ciudad treinta años después (“Booket 2018” 161-167).

Hay que entender esta temporalidad cruzada de la novela a partir de la tarea descrita en el párrafo anterior. Se trata de una tarea terapéutica, que el autor descubre en medio de un proceso depresivo por una ruptura amorosa y gracias a la intervención de un psicoanalista, el cual motiva al narrador a buscar una conexión entre la incertidumbre dejada por la ruptura y la figura del padre. No es una conexión fortuita, pues el narrador desconoce cualquier documento que legitime el matrimonio de sus padres, el cual supuestamente tuvo lugar después de un matrimonio anterior del padre. Así, el psicoanalista invita al narrador a ahondar en la raíz de su incertidumbre presente en una anterior: la incertidumbre de su propio origen:

-(...) ¿No hay ningún registro de ese casamiento?

-Qué más quieres que te diga, Elías [el psicoanalista]. Jamás vi una foto. Ni siquiera había pensado en eso.

-Aquí hay un nexo. ¿Ubicas? (...) eres producto de un matrimonio que nació en medio de la inseguridad y que formalizó a trompicones (...) Un matrimonio sin evidencias. No hay archivos, fotos, nada que acredite lo que ocurrió en ese juzgado. Lo que intento decirte es que el matrimonio de tus papás tiene la apariencia de un mito (...) Producto de ello, en tu inconsciente hay algo así como una raíz de incertidumbre ¿No era eso, incertidumbre, lo que dices que sentías cada vez que revisabas el correo electrónico de Pierina [la exnovia del narrador]? (“Booket 2018” 25)⁴.

Como afirma Julia Kristeva, la depresión no se caracteriza únicamente por la tristeza, sino por la destrucción de relaciones significativas que bloquean la capacidad de representar y comunicar del individuo, es decir, de traducir en palabras o imágenes su experiencia interior (13-

⁴ Lo que este giro terapéutico le permite al narrador es descubrir su condición de hijo natural, y repensar su identidad y la relación con su padre desde allí. Cabe decir que la ilegitimidad de los hijos, nacidos fuera del matrimonio, y la infidelidad son temas recurrentes en la novela, que condicionan las distancias entre las diferentes conductas de los familiares del protagonista en los ámbitos público y privado. Analizaremos esto en el siguiente capítulo.

78). Esto nos permite entender que sea la incertidumbre, ante la falta de conceptos significativos, lo que caracteriza la depresión del narrador, pero también que se avoque a la recuperación de estas conexiones significativas en la búsqueda del padre⁵.

Sin embargo, es importante atender al carácter literario de esta búsqueda. Como el narrador menciona, *La distancia que nos separa* es “[u]na novela no biográfica. No histórica. No documental. Una novela consciente de que la realidad ocurre una sola vez y que cualquier reproducción que se haga de ella está condenada a la adulteración, a la distorsión, al simulacro” (“Booket 2018” 20-21). Por el contrario, es la literatura quien puede “llenar los espacios en blanco con imaginación”, porque “[l]a literatura penetra en los hechos que nos afectan” (“Booket 2018” 381).

Dado el largo y cuidadoso trabajo documental llevado a cabo por el autor y el manejo detallado de referencias a nombres, fechas y publicaciones periodísticas existentes, no es adecuado entender esta invocación a la imaginación literaria como una intención de recrear la vida del padre de una manera puramente ficcional. Para entender el rol de la imaginación literaria en la obra, es importante recordar que lo que la depresión destruye son las relaciones significativas, es decir, los conceptos, las imágenes y palabras, los cuales existen sin un valor o sentido que los articule. Lo que la literatura permite es, precisamente, reconstruir estas conexiones significativas poniendo en diálogo las memorias pasadas con el presente del narrador. En concreto, la literatura permite poner en diálogo el pasado con el presente, de ahí la importancia de los cruces temporales entre pasado y presente propios de la narración. Son estas conexiones entre pasado y presente las que permiten esclarecer los recuerdos del padre a la luz de la experiencia presente del hijo. Por consiguiente, es

⁵ En este sentido, es revelador que, en la novela, el padre sea presentado como el que determina la identidad del individuo y lo dota de lenguaje (“Booket 2018” 26). Esta relación del padre con el lenguaje y la identidad refuerza la idea de que la tarea del individuo es una tarea terapéutica por superar la depresión y superar el bloqueo representacional y comunicativo que esta supone.

en el marco de este diálogo entre el recuerdo del padre y la experiencia del hijo que aparece representado el Conflicto Armado Interno.

Debido a la extensión temporal de la obra (1926-2014) y que Luis Cisneros Viqueerra, el padre del narrador, fue una figura pública, las transformaciones políticas que conllevaron la formación de grupos subversivos y el enfrentamiento con el Estado peruano aparecen, en primer lugar, como trasfondo de las memorias del narrador sobre su padre. Tanto la vida familiar como la vida pública del general Cisneros se dan en medio de huelgas y protestas estudiantiles, conspiraciones por el poder, dictaduras militares y atentados terroristas. La convulsión social y política del Perú aparece como una amenaza constante a la estabilidad del orden familiar. Esta asume una forma concreta con el inicio de la lucha antsubversiva a mediados de 1980. El espacio privado se proyecta, entonces, como “un reducto seguro que fuese infranqueable al ruido exterior. Un fortín donde no se sintiese lo que acontecía afuera, adonde no llegasen los ecos ni estallidos del terror de la guerra que convulsionaba al país” (“Booket 2018” 172). Sin embargo, se trata solo de una proyección, pues, en 1992, una bomba estalla en el jardín de la casa, y rompe puertas y ventanas sin dejar víctimas (“Booket 2018” 262-263).

Además de ser un trasfondo amenazante, el Conflicto Armado Interno aparece en la vida familiar del narrador a través de las propias decisiones políticas de los hijos de la familia. Así, Fermín, medio-hermano mayor del narrador, se involucra con el grupo subversivo Sendero Luminoso y sirve como profesor en las Escuelas Populares que el grupo opera en la periferia de la ciudad de Lima, capital del Perú, con fines de adoctrinamiento en la ideología maoísta. Esto motiva la confrontación entre padre e hijo que el narrador describe con intenso dramatismo. El general Cisneros, quien ha sido nombrado ministro de Guerra en 1982, llega a la Universidad Católica, donde estudia Fermín: “evadiendo los controles, atravesando el campus, pisando los jardines que

estaba prohibido pisar y tocando enardecido la puerta de un salón donde un catedrático dictaba una clase era la imagen viva, la imagen chocante del militarismo que creía que aún gobernaba el país” (“Booket 2018” 153). Entonces tiene lugar un enfrentamiento verbal entre padre e hijo que finaliza con las palabras de Fermín: “¡ (...) ojalá que no sea yo quien apriete el gatillo el día que la revolución te busque para matarte!” (“Booket 2018” 153).

Un enfrentamiento semejante tiene lugar seis años atrás, cuando la hermana de Fermín, Melania, se encuentra entre los estudiantes simpatizantes de la izquierda política que se oponen al creciente poder político de las Fuerzas Armadas (“Booket 2018” 148-150). En ambos casos, la figura del padre aparece asociada al orden tradicional, la represión y el autoritarismo, mientras los hijos aparecen vinculados al progresismo de izquierda, la libertad y la justicia social. La naturaleza política del enfrentamiento, sin embargo, no oculta la dimensión filial, sino que se entrecruza con ella, porque, como afirma el narrador, al abrazar los valores contrarios a los del padre, los hijos operan una rebelión y una traición contra este (“Booket 2018” 147-148).

La intersección entre la vida política del país y la vida familiar que en estas relaciones del padre con los hijos toma la forma de un enfrentamiento entre posturas opuestas, asume una forma mucho más compleja en el caso del narrador. Este no asume una posición dicotómica para con su padre, por el contrario, renuncia a afirmar una posición política o a criticar abiertamente la posición del padre. En relación con el Conflicto Armado Interno, se menciona, específicamente, la labor del padre como ministro de Guerra (“Booket 2018” 152) y como general al mando de la Operación Cerrojo, destinada a combatir grupos antsubversivos en Umaca, al sur del país (“Booket 2018” 222).

El narrador enfatiza, en diversas ocasiones, el temperamento autoritario del padre, el cual se ilustra en su admiración por dictadores como Videla (“Booket 2018” 187-189) o Pinochet

(“Booket 2018” 180-181). Sin embargo, esta aparece, en las declaraciones del padre, como una preocupación por la defensa del orden social y el honor militar. Así, en relación con la lucha antisubversiva, afirma: “«La guerra tiene un solo objetivo: ganarla. Y durante ella los que defienden a la sociedad somos los profesionales de la guerra [los militares]»” (“Booket 2018” 236). La preocupación por la defensa del orden, sin embargo, contrasta con la falta de respeto a las jerarquías, que lo llevó muchas veces a conspirar contra sus superiores (“Booket 2018” 56), así como la defensa del honor militar no le impide trasgredir los límites de la fidelidad conyugal (“Booket 2018” 144-147).

Al mostrar ambos polos, el narrador evidencia las contradicciones inherentes a la figura del padre y debilita la imagen del militar. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con los otros dos hermanos, esto no lleva al narrador a colocarse en una posición opuesta a la del padre y, por lo tanto, no asume la forma de un enfrentamiento. Por el contrario, la exposición de estas contradicciones pone en evidencia una intimidad frágil y en conflicto constante con la figura pública del padre. No se trata, entonces, de desvelar, detrás de la imagen del general la imagen verdadera del padre, sino de mostrar como la figura pública y la privada entablan una relación conflictiva. En palabras del narrador,

hay incomodidad y dolor en el relato del hijo de un militar represor que hizo aseveraciones telúricas y no tuvo reparos en ordenar el encarcelamiento o el secuestro o la tortura de gente que después contaría su historia con la dosis de heroicidad que corresponde. Aunque no parezca, los villanos también están hechos de heridas. Mi padre fue un villano uniformado. Su uniforme era una costra (“Booket 2018” 386).

En síntesis, *La distancia que nos separa* recurre al Conflicto Armado Interno como trasfondo de la tarea de la búsqueda del padre, pero también como una tensión presente en las

relaciones familiares a través de los enfrentamientos de los hijos con el padre. Este aparece en ellos como símbolo del autoritarismo militar, cuya solidez, sin embargo, se resquebraja en la presentación que el narrador hace del padre, en la cual evidencia sus contradicciones al exponer la relación entre su vida pública y su vida privada. Así, el conflicto político halla un correlato en el conflicto interno de los hijos y el padre, y de la propia intimidad del padre.

Por su parte, en la obra de José Carlos Agüero, la intimidad y la vida política asumen, también, una relación conflictiva que se articula, pero de una manera distinta. La naturaleza del texto es, para empezar, diferente. Se compone de 67 partes agrupadas en 6 capítulos. Según el propio Agüero, lo que guía la articulación del texto es la condición de ser hijo de subversivos, es decir, su propia condición (13).

A pesar de afirmar desde un principio que se trata de un texto de no-ficción (13), renuncia, como Cisneros, a un trabajo documental u histórico:

[n]o pretendo una reconstrucción fiel de mi propio pasado, porque en parte son recuerdos compartidos, y mis hermanos tienen (...) versiones diferentes o variaciones (...) pero, sobre todo, porque los hechos son un punto de partida para (...) reflexionar sobre algo tan elusivo como la subjetividad de las cosas públicas (18).

La no-ficcionalidad de los textos debe entenderse, entonces, no como una pretensión de veracidad, sino como un principio de honestidad por el cual el narrador se compromete a presentar su propia perspectiva “como si escribiera para [sí]” (15). Hay, conjuntamente, un principio de intimidad, por el cual el narrador elige emplear un “lenguaje familiar y más personal” (14).

Así, como en el caso de la obra de Cisneros, subyace a *Los rendidos* la tarea de hacer visible la propia experiencia. En este sentido, la obra de Agüero se acerca a *Memorias de un soldado desconocido* de Lurgio Gavilán (2012) y *Con la palabra desarmada* de Alberto Gálvez Olaechea

(2015), en tanto las tres describen la experiencia del Conflicto Armado Interno desde la perspectiva de los subversivos⁶. Sin embargo, como dijimos en el apartado anterior, Agüero escribe un relato de filiación, es decir, recoge la experiencia de los padres y escribe desde su posición de hijo. Se aproxima, por ello, al texto de Cisneros en la medida en que, en ambos textos, el Conflicto Armado Interno aparece como telón de fondo de la reconstrucción de la memoria de los hijos sobre los padres.

Como en *La distancia que nos separa*, la obra de Agüero busca poner en relación el presente del hijo con la memoria de los padres. Dada la condición de subversivos de los padres, esta relación se torna conflictiva en un sentido doble: por la tensión, inherente a la figura de los padres, entre parentalidad y militancia política; y por la tensión, heredada por el hijo, entre el reconocimiento y valor de los vínculos familiares, y el estigma social de ser hijo de subversivos.

Sobre lo primero, la militancia de los padres en Sendero Luminoso les impone un conjunto de tareas que deben darse en la clandestinidad, lo que, sumado al permanente riesgo de captura y muerte por parte de la Policía o el Ejército, los convierte en una amenaza para la vida de los hijos. Enseñar a los hijos a guardar el secreto respecto de las actividades y ubicación de los padres (19-20), a soportar la tortura (91) y tratar de mantenerlos lejos de la lucha, tanto de la persecución del Gobierno como de la militancia subversiva (90-91), son, como afirma Agüero, estrategias insuficientes que no terminan con la amenaza ni hacia los padres ni hacia los hijos (53). Colocan, en cambio, a los padres, frente a la imposibilidad de satisfacer las exigencias de la militancia y la parentalidad:

⁶ El texto de Lurgio Gavilán relata sus memorias de la guerra interna en Ayacucho, en la sierra sur del Perú, desde que se enlistó en las filas del grupo subversivo Sendero Luminoso hasta su ingreso a la orden franciscana y posterior abandono de la misma. Por su parte, el texto de Gálvez Olaechea reúne un conjunto de ensayos de carácter testimonial que abordan sus cuestionamientos al modo en que se dio la pacificación en el Perú tras el Conflicto Armado Interno, y recogen sus ideas y experiencias como miembro del grupo subversivo Movimiento Revolucionario Túpac Amaru.

A mi madre algunos compañeros del partido [Sendero Luminoso] la acusaban de preferir atender críos que entregarse por completo a la revolución. [Sin embargo,] cuando yo le pedía que se fuera [de Sendero Luminoso], cada vez que podía, cada cierto tiempo, ella sonreía y empezaba con un «no pasa nada» (53).

La militancia subversiva no entra en conflicto únicamente con la parentalidad, sino que trastoca la totalidad de la identidad de los padres, porque inevitablemente expone a quienes los rodean a la persecución y la muerte. El narrador dice al respecto: “Imagino el temor que sintieron al ver caer detenidos a sus alojados, al ver a mis padres encarcelados o en las noticias. Pensando: ya vienen por nosotros. Pensando: nos quedaremos sin trabajo” (60). Remite, más adelante, al conjunto de personas que, por ayudar a sus padres, tuvieron que huir y, en algunos casos, fueron encarcelados (61-62).

El debilitamiento de los vínculos sociales, que la militancia subversiva genera, lleva, finalmente, al descreimiento de los propios valores, con lo cual la interioridad del individuo entra también en conflicto. Esto es claro en el caso de la madre del narrador:

Con los años ella ya no creía más en Sendero [Luminoso]. Sus hijos la atacábamos incesantemente, mostrándole las debilidades e incoherencias de su querido «P» [Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso]⁷. Fuimos duros. No entendíamos entonces que para ella salir era casi imposible. Aún hoy la entiendo solo a medias (91).

Este conflicto inherente a los padres se traslada al hijo bajo la forma de una tensión entre los valores y afectos de la parentalidad, y el juicio a la condición de subversivos. Para entender esto, es importante reconocer que la amenaza de persecución y muerte que suponen los padres se extiende a los hijos en la memoria de aquellos perjudicados por la militancia de los padres y, en

⁷ Nombre completo del grupo subversivo al que pertenecieron sus padres.

general, en la memoria oficial del conflicto, que presentamos en el apartado anterior, para la cual el subversivo aparece incuestionadamente como el enemigo. Como explica el narrador: “en sus recuerdos, mi madre, sobre todo, era una peste cuyo contacto generaba peligro. A mí no me habían visto nunca, pero me habían construido desde su memoria de mi madre como un anexo de ella. Proyectado como una fuente de resentimiento, un senderista biológico, esencial, contagioso” (40).

Al juicio social que se extiende sobre los hijos, se suma el juicio que el propio narrador sostiene contra la militancia subversiva de sus padres. Su rechazo del terrorismo se aprecia en fragmentos como el siguiente: “Mis ancestros son malditos. No son inocentes. Hicieron la guerra. Su guerra infeliz. Llevaron desgracia a tantos. Murieron allí, extraviados” (67). Sin embargo, es inevitable que esta condena del terrorismo entre en conflicto con las escenas cotidianas de la cena (92), la preocupación de la madre por el futuro profesional de los hijos (91) y, en general, el amor filial de los hijos a los padres.

Este conflicto se hace más intenso en la medida en que no encuentra un espacio de enunciación adecuado, porque, si, por un lado, la condena social del terrorismo impide reconocer la humanidad del terrorista y no está, por ello, dispuesta a incluir en su juicio a las facetas familiares o al amor filial, por otro, los espacios —típicamente asociados a la izquierda política y las ciencias sociales— en los que existe una apertura suficiente para repensar al subversivo de una forma diferente, tampoco permiten incluir las dimensiones del conflicto inherente a la memoria de los padres. Esto se hace evidente en dos situaciones presentes en *Los rendidos*.

En la primera, el narrador asiste a una reunión de jóvenes militantes de la izquierda política en la que se proyecta una película sobre la vida de una mujer subversiva. Contrariamente a la valoración de la fortaleza de la mujer, el narrador cuestiona el desapego de su familia y entorno cercano. Recibe entonces una crítica general: “me dijeron neoliberal, pequeño burgués,

academicista” (23). De este modo, la faceta familiar de la vida de los padres queda excluida de la imagen del subversivo presente en este contexto. Por otro lado, las tentativas que, desde las ciencias sociales, buscan reintegrar estas memorias, en la medida en que necesitan recurrir al lenguaje de la ciencia, son incapaces de recuperar la subjetividad propia de la vivencia. La neutralidad de estas perspectivas aparece claramente criticada por el narrador en el fragmento siguiente:

Hay un cuento de Asimov, el de los monos alienígenas, que vigilan y esperan que los terrícolas nos matemos para llegar con su ciencia a descontaminar, rescatar sobrevivientes y mejorar la nueva sociedad. Ellos están convencidos de ser la raza más bondadosa del universo. Pero el terrícola, un tipo corriente, que cogieron para analizar, les dice «son buitres» (109).

Lo que ninguno de estos espacios puede recuperar es la totalidad de la persona de los padres y, por lo tanto, la totalidad de la memoria que guardan los hijos. Si, en el caso de Cisneros, había un bloqueo interior que inhibía el establecimiento de relaciones significativas, en el caso de Agüero, este bloqueo tiene una causa externa en la imposibilidad de hallar un espacio adecuado de enunciación del conflicto⁸. El resultado es, sin embargo, el mismo —la imposibilidad de la representación y comunicación del conflicto interior— y ambas tentativas de solución recurren a la escritura. La primera, como ya vimos, por medio de la recreación de la memoria del padre gracias a la ficción literaria.

¿Cómo opera, entonces, la segunda, que el narrador insiste en llamar un ejercicio de no-ficción? Para entender esto, es importante referir a una cita presente en *Los rendidos*, en la que el

⁸ Cabría preguntarse, sin embargo, hasta qué punto ambos no comparten una dimensión interna y externa. Esto es algo que analizaremos en el siguiente capítulo.

narrador reconoce la existencia de tentativas artísticas que presentan tanto la faceta militante como personal de los subversivos:

En la reseña de la película *Sybila* realizada por [María Eugenia] Ulfe e [Carmen] Ilizarbe (2013) ellas se extrañan, se quedan perplejas frente a una mujer senderista que podía ser al mismo tiempo «paloma y acero». (...) es una trampa del lenguaje porque este nos habitúa a dicotomizar, a afirmar tanto nuestro yo que nos cuesta identificarnos con los demás de modo más sencillo. ¿Quién no es duro y también dulce o sensible? ¿Por qué no partir de aceptar que estamos ante personas a las que podemos considerar si no iguales, muy parecidas a nosotros? (38).

No basta, entonces, con la mera exposición del conflicto entre ambas dimensiones de los padres, sino que es importante establecer una relación entre ambas dimensiones que supere la oposición dicotómica. Es necesaria, por ello, la superación de la imagen de los padres en términos de una bondad o una maldad puras: lo que el narrador se propone es la reconstrucción de estos como personas que puedan existir –y que efectivamente existieron– en la realidad. El énfasis en la no-ficción del texto remite, de este modo, a la necesidad de traer el conflicto inherente a la memoria de los padres del espacio de la abstracción a los seres humanos de carne y hueso que fueron.

Si, como dijimos, este conflicto se extiende al hijo y plantea el problema de hallar un espacio adecuado para su representación y enunciación, la intención del narrador de hacer visible la condición de ser hijos de subversivos es, a su vez, la intención de construir, a través del lenguaje, un espacio para la expresión de este conflicto. Hay que entender, entonces, la no-ficcionalidad de los textos a partir de esta tarea, como la necesidad de hacer de la identidad conflictiva de los padres y la memoria conflictiva resultante algo posible en el mundo real.

Podemos apreciar, ahora, una tarea común a las obras de Cisneros y Agüero: subyace a ambas la intención de articular memorias en conflicto a través de la recreación de relaciones significativas que permitan representarlas y comunicarlas. Dado que ambos parecen llevar a cabo tareas contrarias, orientadas hacia la fabulación y la no-fabulación, respectivamente, y que, como vimos, los sentidos de ficción y no-ficción difieren en los dos autores, es importante desarrollar más detenidamente esta discrepancia.

Realidad y ficción en las obras

En el apartado anterior, hemos identificado una tarea común a Agüero y Cisneros en sus respectivos relatos: ambos textos buscan articular memorias de tal manera que su conceptualización y enunciación sea posible. Asimismo, en ambos textos, tales memorias son, a su vez, sobre los padres y sobre el rol político de los padres durante el Conflicto Armado Interno. En ambos casos, además, las memorias son reales: remiten a situaciones y personas que existieron efectivamente.

Sin embargo, vimos también que, mientras Cisneros enfatiza el carácter ficcional de esta tarea, Agüero resalta el carácter no-ficcional. Planteamos, entonces, que la ficción debía interpretarse, en el caso de Cisneros, con la intención de llevar a cabo una articulación imaginativa de la memoria sobre el padre poniendo en diálogo el presente y el pasado. Por su parte, la no-ficción en Agüero, debía entenderse como un principio de honestidad e intimidad —más que un principio de verdad— por el que el autor se comprometía a ofrecer una perspectiva personal y, al mismo tiempo, manifestaba la intención de presentar el conflicto interior —propio y de los padres— como algo existente en la realidad.

Si bien esta es una diferencia entre ambos textos, consideramos que estamos ante una diferencia de énfasis y no ante intenciones opuestas. En otras palabras, proponemos que tanto Agüero como Cisneros llevan a cabo articulaciones imaginativas y tienen la intención de presentar el conflicto con los padres como existente en la realidad. Para explicar esto, nos parece importante analizar el concepto de articulación imaginativa.

Empleamos este concepto para describir la tarea que se propone Cisneros de “llenar los espacios en blanco [de la memoria sobre su padre] con imaginación” (“Booket 2018” 381). Dado lo irrecuperable del pasado, el autor no se propone reunir las memorias desperdigadas sobre el padre, sino engendrarlo de nuevo en la ficción, es decir, darle vida gracias a la imaginación en el marco del texto literario: “La literatura es la biología que me ha permitido traerlo al mundo [a mi padre], a mi mundo, provocando su nacimiento en la ficción” (“Booket 2018” 377).

Esta idea de traer al mundo al padre es interesante porque, si consideramos el diálogo entre pasado y presente que se produce a lo largo de la novela, podemos entender mejor una de las características de la imaginación literaria: el hacer presente un objeto. Siguiendo a Martin Seel, la literatura permite extender nuestra percepción sensible sobre objetos que no están físicamente presentes ante nosotros gracias a la imaginación. En otras palabras, podemos imaginar los distintos atributos del objeto y experimentar sensaciones a partir de ellos como si estuviésemos ante un objeto real (117-124). Así, por ejemplo, podemos experimentar el miedo y la impotencia ante las descripciones del padre vestido de militar reprendiendo a los hijos.

Sin embargo, la imaginación no solo actúa como una extensión de la percepción sensible, sino que ella misma nos lleva a trazar asociaciones entre un objeto literario y otros conocidos por nosotros. Así, por ejemplo, la misma imagen del padre, dada por Cisneros, puede llevarnos a reflexionar sobre la intransigencia de la vida militar y su función dentro de una sociedad

democrática. La reflexión y la interpretación asociadas a un objeto literario son, por lo tanto, un correlato de la extensión de nuestra percepción sensible gracias a la imaginación. A través de la imaginación literaria podemos dar vida a un objeto, es decir, hacerlo objeto de nuestra percepción, interpretación y reflexión como si estuviese físicamente delante de nosotros (Seel 127-130).

Esta es, ciertamente, la tarea de Cisneros cuando se propone engendrar al padre, pero es también la tarea de Agüero cuando pregunta: “¿Por qué no partir de aceptar que estamos [en el caso de los subversivos] ante personas a las que podemos considerar si no iguales, muy parecidas a nosotros?” (38). Desde luego, Agüero no estructura una narración al estilo de una novela como sí lo hace Cisneros, pero, como este, pone en relación facetas contrastantes de la identidad de los padres.

Vimos, en el apartado anterior, cómo Agüero exponía estas facetas contrastantes entre la parentalidad, la vida social y la militancia política de los padres, lo cual terminaba por trastocar la totalidad de su identidad. Al mismo tiempo, manifestaba cómo esta tensión inherente a los padres se trasladaba al hijo bajo la forma de un conflicto entre el amor filial y la condena al terrorismo. Vimos, también, que este conflicto no hallaba un espacio posible de comprensión o enunciación en el que los diferentes aspectos contradictorios de la identidad de los padres y los recuerdos del hijo pudiesen calzar.

Consideramos que esta forma de representar la memoria de los padres, enfatizando su carácter contrastante, es también una articulación imaginativa, en la medida en que permite al lector percibir, interpretar y reflexionar sobre el drama que suponen estas memorias escindidas y la dificultad de su enunciación en un espacio. Sin embargo, si el objetivo de Agüero es la creación de un espacio de conceptualización y enunciación, donde estas imágenes contrastantes puedan aparecer en su realidad, entonces la imaginación literaria, al hacer presente un determinado objeto,

permite colocar al lector frente a esta identidad en conflicto. Dicha identidad aparece, entonces, como si se tratase de un objeto de la experiencia que percibir, interpretar y sobre el cual reflexionar.

Ateniéndonos al sentido de ficción como articulación imaginativa de la memoria y de no-ficción como presentación de algo como real, podemos reconocer ambas, ficción y no-ficción, tanto en Agüero como Cisneros. En los dos autores, la imaginación literaria opera sobre recuerdos reales para dar vida a la figura de los padres. No se trata únicamente de que las figuras representadas por la imaginación sean verosímiles (es decir, sean posibles de ser imaginadas como reales) sino de que sean efectivamente reales.

Esto es bastante claro en el caso de Agüero, quien concibe la presentación de su experiencia como una tentativa por “hacer visible lo que se quiere dejar de lado y (...) desestabilizar los pactos a veces inconscientes con los que damos por natural nuestra realidad, nuestra historia de la guerra y su proyección en el orden del presente” (15). La articulación imaginativa de la memoria que lleva a cabo implica, por ello, un cuestionamiento de la realidad, es decir, de la forma de pensar la historia del Conflicto Armado Interno, sus actores y su relación con el presente del Perú.

Es importante recordar lo visto en el primer apartado de este capítulo sobre la brecha establecida por el discurso oficial sobre el Conflicto Armado Interno entre subversivos y ciudadanos. La exclusión de la figura del opositor de la esfera ciudadana bajo la forma de la dicotomía entre amigos y enemigos del régimen impide, como afirma Aguirre, pensar en las motivaciones y agendas de los subversivos, y los subsume en una figura irracional y caótica, la de *terroristas* (114-115). En un ámbito más concreto, el Registro Único de Víctimas, creado con la intención de reparar los daños de todos aquellos perjudicados por el Conflicto Armado Interno, excluye de cualquier beneficio a los acusados de pertenecer a un grupo subversivo (RUV). Es entendible, por ello, que Agüero denuncie la falta de espacios donde sus padres puedan ser

pensados más allá de su militancia en Sendero Luminoso, como seres humanos integrales, dado el modo en que los actores del Conflicto Armado Interno son presentados en la esfera pública. Lograr una mejor comprensión de quiénes fueron los subversivos supone, entonces, el cuestionamiento y modificación de la realidad establecida por el discurso oficial sobre el conflicto. No se trata, en primer lugar, de promover una indagación histórica o sociológica, sino de promover un nuevo tipo de sensibilidad vinculada a los actores del conflicto.

Para entender esto, es importante considerar que, como afirma Jacques Rancière, la política no estructura únicamente aquello que puede o no hacer y decirse en una sociedad, sino aquello que puede aparecer y cómo puede aparecer en la esfera ciudadana. En otras palabras, la política dispone que algo o alguien pueda aparecer como amenaza, como aliado, como un igual, etc. De este modo, gestiona la forma en que los ciudadanos perciben la realidad dentro de la sociedad y, al mismo tiempo, educa su forma de reaccionar en ella: con recelo y temor ante las amenazas, con simpatía por los aliados e iguales, etc. Así, la sensibilidad de la ciudadanía depende en gran medida de las políticas que operen sobre una sociedad. Esto es a lo que Rancière llama la *distribución de lo sensible* (13-19).

La intención de Agüero de crear un espacio de comprensión y enunciación para las memorias en conflicto sobre los padres supone, por lo tanto, una redistribución de lo sensible, es decir, el cuestionamiento y modificación del modo en que la política asociada al discurso oficial sobre el Conflicto Armado Interno gestiona la percepción y sensibilidad de la ciudadanía peruana. Ficción y no-ficción aparecen, por lo tanto, en Agüero, como dos polos de una misma tensión en la que la imaginación es requerida para abrir la posibilidad a una realidad diferente. La realidad de las memorias se fabula, se rearticula gracias a imaginación literaria, con el fin de cuestionar y

modificar la realidad social. Realidad y ficción asumen, por lo tanto, una relación necesaria para los fines de este autor.

El caso de Cisneros, en la medida en que el autor se cuida constantemente de trasgredir los límites ficcionales de la novela, pareciera no implicar esta manifestación real de las memorias reconocible en Agüero. Sin embargo, es importante recordar que el ejercicio de articulación de la memoria sobre el padre llevado a cabo en *La distancia que nos separa* se da en el marco de un proceso terapéutico. No solo porque sea un psicoanalista el que motive al narrador a indagar por la figura del padre (“Booket 2018” 19-27), sino porque el propio narrador reconoce esa indagación como una búsqueda de paz interior (“Booket 2018” 386). Podemos reconocer en ello que el recuerdo del padre aparece para el narrador como algo real, no solo porque se trate del recuerdo de alguien que existió, sino porque tiene consecuencias en su vida actual, de ahí la necesidad de rearticular las memorias sobre el padre.

La articulación imaginativa de la memoria desarrollada por Cisneros tiene el objetivo de rearticular sus propias memorias y, con ello, concluir un proceso terapéutico. A diferencia de Agüero, Cisneros no pretende —al menos no explícitamente— afectar la comprensión social del rol de los militares o de su padre durante el Conflicto Armado Interno, pero sí cuestionar y modificar su propia comprensión de las distintas facetas de su padre, como general del Ejército, como esposo y, sin duda, como padre. Esta relación entre la articulación imaginativa de la memoria del padre y la interioridad psicológica del autor aparece claramente cuando el narrador equipara el mundo de la ficción literaria con su propio mundo y afirma que traer al padre al primero es también llevarlo al segundo (“Booket 2018” 377). La identidad entre el espacio ficcional donde ha articulado las memorias sobre el padre y su propio mundo personal pone en evidencia que el

ejercicio imaginativo llevado a cabo sobre los recuerdos del padre es, a su vez, un ejercicio terapéutico sobre sí mismo.

En este sentido, ficción y no-ficción también están presentes en Cisneros como una tensión entre la necesidad terapéutica de rearticular sus propias memorias y el ejercicio de articulación imaginativa necesario para llevar a cabo lo primero. Al igual que en Agüero, la fabulación de la memoria es requerida para generar cambios en la realidad, ya no exterior, sino interior del individuo.

Llegados a este punto, podemos reconocer, en primer lugar, que, en ambas obras, el Conflicto Armado Interno aparece inherentemente vinculado a la memoria de los padres, los cuales son actores importantes en este. En segundo lugar, la relación de los padres con el conflicto motiva un contraste entre su vida pública y privada que afecta las memorias de los hijos, en parte por las diferencias entre las dimensiones de la identidad de los padres y, en parte, por la forma en la que los actores del conflicto son comprendidos por la sociedad. Así, en tercer lugar, en ambas obras, los hijos experimentan la imposibilidad de hallar un espacio de conceptualización y enunciación de la memoria sobre los padres, y la consiguiente necesidad de construir dicho espacio. Finalmente, ambos textos pueden verse como respuestas a esta necesidad, en los cuales las memorias de los padres son traídas a la ficción con el objetivo de cuestionar y modificar la forma son presentadas y comprendidas.

Hemos visto, también, que este último punto puede verse como una reestructuración de la realidad social, en el caso de Agüero, y de la realidad personal, en el de Cisneros. En el siguiente capítulo analizaremos la relación entre ambas dimensiones, pública y privada, al interior de las obras de estos autores.

III

Estructura de la dimensión público-privado en la representación del Conflicto Armado Interno

En el capítulo anterior, vimos cómo la ficción permite recuperar y reelaborar la memoria de los padres tanto en el caso de Agüero como de Cisneros. La ficción crea, así, un espacio para la enunciación y comprensión de las memorias: las conceptualiza y les da una voz. Sin embargo, ambos autores parecen llevar adelante este proceso de fabulación en direcciones opuestas: mientras Agüero no deja de dialogar en ningún momento con la dimensión sociopolítica de sus memorias, Cisneros se interna con ellas en la dimensión familiar y personal.

Ciertamente, por un lado, ambos autores experimentan un bloqueo que inhibe la articulación significativa de las memorias de los padres. Sin embargo, en Cisneros, ese bloqueo se halla en sus propios recuerdos y vacíos, mientras, en Agüero, responde a la inexistencia de un espacio de recuperación de memorias dentro de la realidad social peruana capaz de recoger íntegramente la identidad de sus padres. Por otro lado, dada la naturaleza interior y exterior de tales bloqueos, es entendible que los procesos de fabulación se orienten hacia la dimensión pública y hacia la dimensión privada, respectivamente, en Agüero y Cisneros.

Es la orientación de Cisneros hacia el mundo de la vida privada lo que lleva a Lorena de la Paz Amaro a dudar del potencial crítico de la novela, cuyo interés por mostrar la cotidianeidad — y, en general, humanizar al padre— funcionaría como una estrategia para resguardarlo del cuestionamiento político y judicial de su función como militar durante el Conflicto Armado Interno (100-102). Nosotros concordamos con la autora en que el cuestionamiento de la función pública del padre no es un objetivo de la novela. Sin embargo, creemos que el potencial crítico del texto

de Cisneros no puede reducirse al enjuiciamiento moral o legal de las acciones políticas del padre (de igual modo que el texto de Agüero). En los siguientes dos apartados desarrollaremos esta idea; por ahora, nos interesa esclarecer qué entenderemos por potencial crítico en este trabajo y cuestionar, a partir de allí, el dualismo público/privado.

Habíamos presentado, en el capítulo anterior, aquello que Jacques Rancière llama la *distribución de lo sensible* como la forma determinada en que el poder moldea, dentro de una sociedad, la percepción de los ciudadanos, de tal manera que determinados fenómenos aparezcan como aliados, amenazas, etc., o, simplemente, no aparezcan bajo una forma determinada para la ciudadanía (13-19). La idea de poder tras este concepto va más allá de la de una mera fuerza presente en ciertas instituciones: el poder es aquello que moldea la forma misma de ver la realidad. Si, además, la realidad social está constituida por el universo de conceptos e ideas que comparten un grupo de individuos, el poder es aquello que constituye la realidad social. En otras palabras, Rancière piensa el poder como una fuerza ordenadora o clasificatoria, que establece el lugar, la función y el valor de cada concepto e idea que conforma la realidad social (36-38).

Es importante notar que el poder no opera directamente sobre hechos, sino sobre signos; es decir, opera sobre los conceptos e ideas gracias a los cuales los hechos pasan a tener un significado dentro de la realidad social. Esta particularidad es la que permite a Rancière establecer una homologación entre el principio estructural del mundo literario y el del mundo social en general: tanto las novelas y los poemas como la sociedad en general se estructuran a partir de articulaciones de signos. No se trata de que ambos mundos coincidan en uno solo, sino de que ambos comparten una forma (son articulaciones de signos) y un contenido (los signos presentes en un texto literario pertenecen, a su vez, a una sociedad). Lo que distingue al mundo literario es su capacidad de articular signos de una manera distinta a la que el poder articula en una sociedad (43-45).

De ahí que lo crítico, especialmente en referencia a la literatura, sea aquello que no puede ser clasificado por el poder:

The channels for political subjectivization [la creación de sujetos críticos políticamente] are not those of imaginary identification [la identificación de un grupo de individuos con una idea] but those of literary disincorporation [la articulación de signos ‘no-incorporados’ a la forma en que el poder articula los signos en la realidad social] (Ranciére 40).

Así, podemos plantear una concepción de potencial crítico que incluye la denuncia moral y judicial, pero de una mayor amplitud. Entendemos por potencial crítico la capacidad para crear articulaciones de signos que cuestionen el orden de signos establecidos en una sociedad. En el caso específico de un texto, este tendrá potencial crítico cuando no pueda calzar dentro de las clasificaciones existentes en la realidad social, y permita, con ello, evidenciar las limitaciones de estas clasificaciones y plantear otras nuevas⁹.

Bajo esta concepción, un texto puede ser crítico por diferentes motivos y en diferentes órdenes. Por ejemplo, la hibridez textual permite cuestionar las categorías de los géneros textuales, mientras la presencia de personajes de género no-binario puede servir para cuestionar las categorías de sexo-género. En el caso de los textos que nos ocupan y de los objetivos de este capítulo, nos interesa mostrar que su potencial crítico nos lleva a cuestionar la relación entre el espacio público y el espacio privado como una mera oposición dualista.

Tal oposición dualista consiste en plantear al espacio público como espacio del poder y al privado como espacio de los afectos. Existen, ciertamente, relaciones de poder dentro del espacio privado

⁹ En este sentido, el potencial crítico de un texto escapa a la voluntad crítica de su autor. Un buen ejemplo de ello es el diario de Ana Frank, cuya capacidad de dar cuenta y cuestionar la situación de persecución vivida por los judíos durante el nazismo escapa a las intenciones de su autora. En general, como afirma Paul Ricoeur, no basta la intención del autor para determinar el sentido de una obra, sino que es necesario atender a los contextos de su recepción o recepciones (Ricoeur 65-133).

(la noción de jefe del hogar, tradicionalmente asociada al padre, o la visión tutelar de los hijos, por ejemplo). Sin embargo, los dos polos de la vida psicológica y afectiva del individuo, y las configuraciones históricas del poder aparecen como extremos que no se implican¹⁰. Así, la experiencia psicológica y la experiencia histórica de los individuos aparecen como dos dimensiones paralelas. Es contra esta dualidad que Fredric Jameson afirma la existencia de un solo horizonte de realidad (19-21).

Siguiendo a Jameson, la historia, entendida como el continuo sucederse de los hechos en general, es el único horizonte de realidad. De manera semejante a Ranciére, este crítico considera que, para procesar la realidad, necesitamos de categorías y conceptos con los cuales interpretarla, pero, en sí misma, la historia no se reduce a ninguna de esas categorías y conceptos. En otras palabras, la historia es fuente de toda interpretación, pero ninguna interpretación agota la historia. En este sentido, la vida afectiva y psicológica de los individuos es también histórica y, por tanto, sujeta a múltiples interpretaciones (Jameson 34-5).

Ello no quiere decir que la dimensión privada se disuelva inmediatamente en la pública. Por el contrario, Jameson busca dar sentido a esta distinción en el surgimiento de la sociedad burguesa y, específicamente, de la novela como género. Lo que la novela produce es el modelo de la experiencia psicológica propia de la subjetividad. El narrador omnisciente, el monólogo interior, la figura secular del protagonista, etc. hacen de la historia narrada en la novela algo que se articula alrededor del individuo y, aún más, hacen del deseo y los afectos un lenguaje privilegiado por el

¹⁰ Probablemente, la mayor muestra de este dualismo esté en la dificultad de la historiografía para introducir, en una tradición orientada a narrar los grandes acontecimientos y liderazgos, la vida del hombre común y las mentalidades populares sin caer en una generalización. Antes de la llamada Escuela de Annales (1929) y, más precisamente, la Nouvelle Histoire, iniciada por Jacques Le Goff hacia 1970, tal preocupación no había surgido dentro de la historiografía. Al respecto, véase *La revolución historiográfica francesa*, de Peter Burke (1999).

que el individuo se relaciona con el mundo y que, por tanto, permiten a este mundo ingresar dentro de la historia del individuo narrada en la novela como parte de su experiencia subjetiva (151-166).

La novela se convierte con ello en un *ideologema*, es decir, en una forma de introducir una determinada conducta y concepción del mundo en la vida de los individuos. Mediante los deseos y afectos de los personajes, la novela enseña a los lectores qué es deseable y cómo expresar los afectos; mediante la configuración del espacio privado y los roles presentes en este, enseña a los lectores la economía propia de la vida familiar, y su distinción y relación con el espacio público. Presenta, de esta manera, un *inconsciente político*: un espacio transido por el poder que, sin embargo, aparece como natural e incuestionado por quienes lo habitan¹¹. No se trata, sin embargo, de que los personajes de la novela expresen directamente los valores del contexto sociohistórico en los que esta se escribe. Por el contrario, la novela se construye gracias a la mediación de la historia personal del autor, y una reelaboración particular de esta y de los valores que el autor encuentra en su contexto, de ahí no solo que pueda expresar valores contradictorios, sino que tales contradicciones no resulten siempre evidentes (103-150).

Nos interesa subrayar dos ideas presentadas por Jameson. La primera es que la relación entre el espacio privado y el público es una relación compleja. El espacio privado posee su propio lenguaje (de la vida afectiva y psíquica de los individuos) que, si bien se sostiene y articula sobre las mismas dinámicas de poder que operan en la esfera pública, no necesariamente las reproduce de manera idéntica. La segunda es que, si bien la novela actúa no solo como mediadora sino como

¹¹ Al respecto, es esclarecedora la forma en que Nancy Armstrong (1987) recurre al concepto de inconsciente político de Jameson para analizar la forma en que se establece el rol de la mujer en la vida cotidiana hacia fines del s. XVIII. Siguiendo a la autora, la novela permitió recrear fuera de la ficción un espacio en que la obediencia al marido, la castidad, y el cuidado del hogar y los hijos fuesen propios de la mujer. En otras palabras, la novela ofreció un modelo de subjetividad femenina que, por su relación con el espacio privado, apareciese como natural e incuestionado (31-33).

instauradora de las esferas privada y pública, no opera como una mera trasmisora de valores, sino que produce sus propias reelaboraciones de estos.

Estas dos ideas nos permiten entender que la orientación hacia la dimensión privada del texto de Cisneros no implica una desconexión con la dimensión pública, sino un desplazamiento hacia el lenguaje del deseo y los afectos, los cuales mantienen una relación con las dinámicas de poder.

En el apartado siguiente, analizamos cómo se construye el lenguaje del deseo y los afectos al interior de la novela, y en qué medida este hace referencia a la forma en que las esferas pública y privada se relacionan en la sociedad peruana. A partir de allí, exploramos el potencial crítico del texto de Cisneros, entendido como su capacidad para cuestionar la forma en la que se estructuran ambas esferas y las relaciones entre estas.

La tensión público-privado en el texto de Cisneros

Una pregunta central para entender la relación entre los ámbitos público y privado en la novela de Cisneros es cómo afecta la vida pública del padre la dinámica de la vida privada. La injerencia de lo público aparece desde los inicios del texto, cuando el hijo revela que para buscar información sobre su padre debe ir al Archivo General Permanente del Ejército del Perú y, bajo vigilancia de un militar, no puede extraer ni fotocopiar ningún documento. Desde luego, entre tales documentos se halla información sobre su función pública, pero esta se combina con libretas de calificaciones escolares y fotografías personales (“Booket 2018”, 50-53).

Este pasaje es revelador porque muestra el interés público que recae sobre la vida privada del padre. No se limita, desde luego, al Ejército: políticos y periodistas frecuentan espacios y eventos en los que la familia participa. Esto lleva a la coexistencia de las dos dimensiones de la vida del padre. Por un lado, se trata de una coexistencia espacial, por ejemplo, en la casa de playa

de Punta Negra, donde, mientras la familia vacaciona, el padre se reúne con políticos y militares (229-230). Pero, también, esta coexistencia se muestra en las dinámicas propias de la familia, por ejemplo, en el acto de ver las noticias o leer los periódicos para enterarse de las declaraciones del padre y calcular las posibles repercusiones sobre la vida familiar; repercusiones que, bajo la forma de amenazas de muerte, exigen a los miembros de la familia someterse a una vigilancia permanente y dar cuenta al Ejército de las personas que frecuentan (254-256).

De manera menos evidente, este interés público por la vida del padre recae sobre los hijos ejerciendo presión para que tomen estos una postura sobre la función política del padre. Cisneros remite a esto cuando menciona la defensa que buscó hacer de su padre en un artículo periodístico de 2007 en que “ponía las manos al fuego por mi padre y hacía una defensa a ultranza de su espíritu democrático”¹² (226). De manera semejante, las simpatías y militancias por la izquierda de sus medio-hermanos, Fermín y Melania, son presentadas por el autor como una oposición al espíritu militar y derechista del padre (148-153).

Es interesante notar, sin embargo, que, frente a este interés público, el padre, apoyado en la necesidad del Ejército de proteger y encubrir a sus miembros, pone en marcha un conjunto de estrategias destinadas a trazar un límite entre la dimensión pública y la privada. Sin embargo, como vimos, la vida familiar se ve obligada a coexistir y a plantear sus dinámicas internas en relación con la vida pública del padre. De este modo, se produce una alianza paradójica entre el padre y el Ejército, por la cual su función militar y política es, al mismo tiempo, aquello que busca mantener fuera del espacio privado, y lo que le permite resguardar ese espacio e, incluso, darle un orden interno.

¹² Una toma de postura es, precisamente, lo que De La Paz Amaro exige a Cisneros en su texto, especialmente, sabiendo que ha tenido acceso al Archivo del Ejército (100-104). Como veremos más adelante, si bien Cisneros no mantiene la posición presentada en este artículo de 2007 a favor del padre, tampoco asume la posición contraria, cuestionadora de su función pública.

No se trata únicamente de que el Ejército brinde protección a la familia ni de que los privilegios políticos del padre le permitan gozar de acceso a bienes de importación y una economía holgada durante la gran carestía vivida entre fines de 1980 e inicios de 1990 en el Perú¹³ (294). Antes que nada, la vida militar brinda al padre un modelo de orden que replicar en la vida privada.

Para entender esto, es preciso detenernos en ciertas características de la mentalidad militar. Según Narda Henríquez, la mentalidad militar se caracteriza, por una parte, por la importancia que otorga a la defensa del orden, lo que implica respeto de las jerarquías, lealtad y obediencia. En este sentido, los militares asumen un rol protector para con la sociedad civil bajo la forma del mantenimiento del orden social. Paralelamente, el respeto a las jerarquías impone una estructura vertical de las relaciones, en las cuales el cuestionamiento de un superior es visto con desaprobación. Frente al cuestionamiento y la crítica, se exaltan la obediencia y la lealtad, que fomentan la camaradería y la complicidad (Henríquez 61-73). Podemos afirmar, por ello, que existe un silencio bilateral: el silencio del subordinado, que se inhibe de cuestionar las órdenes recibidas, y el silencio del superior, quien no se ve en la obligación de dar razón de sus actos al subordinado. Por último, es importante reconocer que la complicidad y la camaradería refuerzan no solo la importancia del cumplimiento del deber, sino del mantenimiento de este orden tácito de autoridad, en el que dar o exigir explicaciones es una excepción.

Por otra parte, la vida militar se configura como un orden preponderantemente masculino, en el que el culto a la hombría asume un rol central. Este se manifiesta en la exaltación de la virilidad y la agresividad como características propias de la hombría. Así, la fuerza física, la

¹³ Bajo el gobierno de Alán García (1985-1990), la tasa anual de inflación se elevó hasta un 3398.6% anual, lo que motivó la paralización económica, y subsecuente devaluación de la moneda, recorte de importaciones y escasez de productos básicos. Hacia 1990, la inflación era ya superior al 7000%, por lo que el nuevo presidente, Alberto Fujimori, decidió sincerar la economía, retirando los subsidios estatales y liberando los controles de divisas, con ello, los precios del combustible y los productos básicos aumentaron en un 3000% (Quiroz, 335-362).

confianza en uno mismo, la indolencia frente al dolor ajeno, y la capacidad de imponerse sobre las situaciones y los individuos son vistas de manera positiva. Paralelamente, la exaltación de la virilidad no solo se traduce en una competencia de fuerza, destreza y temple entre hombres, sino en búsqueda de afirmación sobre las mujeres. Tal afirmación conlleva la cosificación de la mujer, la cual se traduce en objeto de afirmación de la virilidad del hombre (Henríquez 66-72).

Es importante notar cómo en este punto la mentalidad militar potencia el machismo. Ciertamente, si el machismo se caracteriza por la impulsividad, la independencia irresponsable y la agresividad como medios para defender y afirmar la masculinidad, la exaltación de la agresividad y la virilidad propia de la mentalidad militar llevan a la acentuación de estas características (Fuller 3). Es importante precisar que, si bien esta violenta afirmación de la masculinidad afecta a la mujer en tanto la subordina a la voluntad del hombre, el machismo también actúa sobre otros hombres estableciendo relaciones de subordinación hacia los menos fuertes, independientes o impulsivos (Fuller 6-11).

En resumen, la mentalidad militar se configura sobre la importancia de la defensa del orden a través de la obediencia, el respeto a las jerarquías y la ausencia de explicaciones, así como por el culto a la hombría a través de la exaltación de la agresividad y la virilidad, y la subordinación de aquellos menos agresivos y viriles (o, ciertamente, femeninos). En el libro de Cisneros, si bien la vida militar presenta al padre un modelo para ordenar la vida privada, no menos cierto es que ella responde a estas características de la mentalidad militar.

Dentro del hogar, el padre establece lo que Cisneros llama su *tiranía casera*. El autor afirma sobre el padre: “[é]l podía defender sus ideas ante cualquier auditorio, pero no me permitía exponer las mías ni discutir sus decisiones tajantes. Menospreciaba mis argumentos y me obligaba

persistentemente a reconocerlo como autoridad máxima” (57). Esta exigencia de obediencia y la renuencia a las críticas se extiende también a su mujer:

Cecilia Zaldívar [la madre del narrador] fue una criatura modelada por el Gaucho, hecha a su medida. Su conducta social (...) estuvo siempre definida y limitada por los criterios machistas de ese hombre totalizante, ese hombre veintidós años mayor, que la amaba, pero sin querer la invisibilizaba también (140).

La tiranía casera, sin embargo, funciona en su defensa del orden. La administración del hogar permite a la familia gozar de una economía estable y de un espacio donde sentirse a salvo en medio de la crisis y la convulsión social del país. Sobre la casa familiar, el narrador dice: “[f]ue el cuartel de invierno que mi padre levantó para vivir su retiro del Ejército y para que nosotros tuviéramos un mundo privado, un país en miniatura donde nada nos hiciese falta” (172)¹⁴.

Sin embargo, una consecuencia esperable de la renuencia a la crítica y la ausencia de explicaciones propias de la verticalidad establecida por el padre es la proliferación de múltiples silencios, vacíos y secretos en las relaciones familiares que motivan la sensación de lejanía respecto del padre que el narrador manifiesta en distintas ocasiones. Así, afirma: “[l]o que te desespera de pronto es no saber. No estar seguro, sospechar tanto. (...) Por eso desentierras. Para saber si conociste a fondo a tu padre o solo lo viste pasar. Para saber cuán inexactos o deformados son los recuerdos esparcidos en la sobremesa de los almuerzos familiares” (71).

De manera esperable, la búsqueda del narrador se dirige hacia aquellos secretos y vacíos relativos a la agresividad y la virilidad del padre, a decir, sobre su relación con la violencia de los regímenes militares y sobre su relación con las mujeres. Sobre lo primero, el narrador desea saber,

¹⁴ Es interesante notar el empleo de terminología político-militar al momento de presentar la casa como un cuartel y el rol del padre en ella como una tiranía. Cisneros parece reconocer, con ello, la traslación de la mentalidad militar al mundo privado.

por ejemplo, el nivel de implicación de su padre en las *desapariciones forzadas* de presuntos terroristas o enemigos del orden público¹⁵. Pregunta, entonces, al general Belisario Schwartz, amigo cercano de su padre, si este había matado a alguien alguna vez. La respuesta del general es esquiva: “si lo hizo, lo hizo tan bien que nadie se enteró” (284). El narrador se cuestiona, también, sobre los límites de la admiración de su padre por el orden, la cual lo llevó a respaldar las dictaduras de Pinochet y Videla, al punto de esconder a un militar argentino acusado de crímenes de lesa humanidad (197-198), y a justificar las matanzas perpetradas por el Ejército contra presos amotinados o civiles (235-240).

La expresión pública del padre de estas simpatías genera una reacción por parte de la prensa de izquierda, la cual cuestiona su carácter autoritario y antidemocrático. Será, sin embargo, una crítica en específico, la elaborada por el periodista Salomón Bautista, la que el narrador encuentre más lapidaria y desmesurada. Bautista no solo cuestiona el perfil autoritario del general Cisneros, sino que lo acusa de una doble moral, pues su supuesta defensa del orden y la ley no se replica en su vida privada, donde mantiene una relación ilegítima con su mujer actual, Cecilia Zaldívar (240-241).

“Mis padres fueron amantes” (“Booket 2018”, 137), afirma el narrador, y reconoce el amor de sus padres como la historia de una pasión que triunfa. Sin embargo, después de dejar a su legítima esposa, Lucila, y convivir por muchos años con la madre del narrador, Cecilia, el padre tuvo otra amante. Esto motiva la segunda dimensión de la búsqueda del narrador: “¿Había dejado de amar a Cecilia Zaldívar como antes dejó de amar a Lucila Mendiola? (...) ¿Pensó mi padre alguna vez irse de la casa de Monterrico, dejarnos? Y si lo pensó, ¿lo descartaría para ahorrarse

¹⁵ *Desaparición forzada* es el nombre con que se conoce al arresto y/o asesinato selectivo y clandestino de personas por parte de agentes del Estado. Al respecto véase la *Convención Interamericana sobre Desapariciones Forzadas de Personas* (2006).

una pesadilla como la que vivió con mis hermanos mayores cuando se marchó del chalet 69 de Chorrillos el 11 de septiembre de 1971?” (300).

Ambas búsquedas tienen un final incierto en el que los límites entre la defensa del orden social y el autoritarismo represor son tan difusos como los límites entre el amor y la necesidad de nuevas conquistas. Se devela, así, una situación compleja en la que, para sostener la legitimidad de la autoridad del padre, tanto pública como privada, es necesario ocultar una dimensión de su existencia. Cisneros reconoce en este juego de ocultamientos una constante en la historia familiar¹⁶. La encuentra en su abuelo Fernán, cuyo reconocimiento social en el mundo diplomático, y cuyo reconocimiento familiar como buen padre y esposo, dependía de que se ocultase el hecho de que llevaba una doble vida entre una familia legítima y otra no (29-40). Cisneros rastrea esta constante hasta el inicio del linaje familiar en su tatarabuelo cura, cuyo reconocimiento como sacerdote dependía de que no se supiese que tenía hijos (19).

Siguiendo a Jameson y la idea de la historia como horizonte único de realidad sobre el que se fundan tanto la vida social como la vida afectiva y psicológica de los individuos, podríamos decir que lo que Cisneros descubre al hacer este rastreo de las tensiones inherentes a la figura del padre es el sucederse del machismo a lo largo del linaje familiar. Ciertamente, la impulsividad pasional y la independencia irresponsable, manifiesta en la falta de compromiso que implica la creación de un vínculo ausente de toda legitimidad, son lo que conlleva el desarrollo de estas familias paralelas que el narrador rastrea hasta su propio tatarabuelo.

Hay, sin embargo, en el caso del padre del narrador, una particularidad debido a que se trata de un militar en medio de un país convulsionado política y socialmente. Como afirma Henríquez, en situaciones de conflicto o guerra, la mentalidad militar halla una justificación para

¹⁶ De hecho, la novela que analizamos estaba originalmente pensada como parte de un proyecto más amplio, destinado a trazar la historia familiar del narrador (Cisneros, “Me interesaba despertar”).

potenciarse y extenderse más allá de la institución del Ejército (73-74). De este modo, es posible entender que las continuas protestas sociales y disturbios que encontraron su punto más álgido en el surgimiento de grupos subversivos hayan servido para justificar una penetración de la mentalidad militar en el mundo privado del narrador. Dicha mentalidad, como vimos, intensifica el machismo, pero también, dada su renuencia a las críticas y las explicaciones, coopera para edificar el régimen de secretos y ocultamientos que ya eran una constante en la familia del narrador. Por un lado, el autoritarismo y la intransigencia que caracterizaban a la figura pública del general Cisneros alimenta y resulta coherente con su tiranía casera. Por su parte, el secretismo destinado a resguardarlo de sus enemigos políticos alimenta y se confunde con el secretismo que acompaña su vida privada y sus relaciones extramatrimoniales.

Paradójicamente, la situación de conflicto vivida en el país será la que ofrezca a los hijos un camino para denunciar el autoritarismo y el secretismo del padre en su doble dimensión pública y privada. El narrador reconoce esta situación cuando afirma que las militancias de izquierda de Melania y Fermín fueron —también— un modo de oponerse al control paterno y desafiar su autoridad familiar. No busca, con ello, deslegitimar la autenticidad de sus razones públicas para asumir una ideología contraria a la del padre, pero sí encuentra en estas otras razones, más personales, un complemento (144-155). Dada la forma en que la mentalidad militar pasó a extenderse sobre ambas dimensiones, pública y privada, resulta inevitable que las oposiciones públicas de los hijos a aquello que representaba su padre actúen también en la esfera privada.

El narrador, en cambio, no asume una postura en contra ni a favor del padre. Pero antes de afirmar que se trata de una posición ambigua, es importante reconocer las razones de esta aparente neutralidad. Como Lorena de la Paz Amaro afirma, Cisneros busca llenar vacíos de memoria (98-99). Sin embargo, no se trata de un ejercicio de reconstrucción objetiva de la memoria, sino de un

ejercicio de carácter imaginativo. Como vimos en el capítulo anterior, Cisneros recurre a la fabulación para llenar los vacíos de memoria y lo que busca con esto es poner en diálogo las distintas facetas de su padre. Finalmente, las preguntas sobre las implicaciones del general Cisneros en las desapariciones forzadas o sobre la naturaleza de sus sentimientos para con la madre del narrador no conducen a una respuesta final. Por el contrario, el narrador va mostrando a lo largo de la novela distintas facetas de la vida del padre que entran en tensión y contradicción entre sí.

La mayor de estas es, sin duda, la oposición que aparece entre el niño aprehensivo, inseguro y soñador que describe el abuelo en sus cartas, y el general imperturbable, imponente y pragmático que llega a ser en su adultez (41-43). Indagando sobre la infancia del padre, también se descubre la constante de familias ilegítimas e hijos naturales, entre los cuales se cuenta al general (29). La extensión temporal de la historia del padre hasta los tatarabuelos es lo que permite descubrir la fragilidad del padre. Como afirma el narrador:

Mi bisabuelo era un bastardo. Mi abuelo un deportado. Mi padre un extranjero. Tres hombres ilegítimos y desarraigados. Tres hombres públicos que defendían su reputación e idiosincrasia, pero en la intimidad, solo con ellos mismos, renegaban de ese origen colmado de silencios. Ignorar primero y enterrar después los detalles escabrosos de su procedencia (...) los condujo a un extravío permanente del que cada uno trató de zafarse a su manera (169).

Resulta difícil pensar, sin embargo, como afirma De La Paz Amaro, que este sea un intento de humanizar al padre para ocultar su afinidad con el totalitarismo y su carácter autoritario (100-101). De ser así, el narrador no se preguntaría de manera abierta “a cuanta gente habrá dañado voluntariamente o no ese hombre que entre otras cosas fue mi padre” (285). Tampoco afirmaría

que su padre secuestró y torturó, y fue un villano uniformado (386). Esta faceta de la existencia del padre aparece constantemente en la novela. Sin embargo, reconocer las otras facetas, juntamente con esta, nos permite llevar a cabo una reflexión sobre el machismo, el autoritarismo, el mal y, en general, sobre la forma en la que el poder estructura la vida misma de los individuos: como una fuerza sistémica que se ejerce a través de las acciones de los individuos, pero, al mismo tiempo, los moldea y condiciona.

En resumen, si, como afirma Jameson, la novela es un ideograma, en tanto tiene la capacidad de transmitir concepciones sobre la vida y, en relación con nuestro tema, sobre la estructura de las dimensiones pública y privada, la novela de Cisneros es un lugar privilegiado para observar la forma en que estas relaciones tienen lugar en sociedades fuertemente machistas y con profundos problemas sociales. Sin embargo, a través del descubrimiento de las distintas facetas del padre, no solo va apareciendo la relación público/privado, sino las diferentes contradicciones que tienen lugar en ella. En concreto, a través del develamiento de la figura del padre, vamos descubriendo los distintos factores que cooperan en la articulación de una identidad militar autoritaria en tiempos de conflicto y la forma en la que esta se manifiesta en las diferentes dimensiones de la vida de un individuo. Dimensiones que exceden la tradicional distinción entre público y privado, como espacio del poder y de los afectos, respectivamente, y que no permiten reducir la existencia de un individuo a sus vínculos con un régimen de poder autoritario. En esta exigencia para salir de las categorías tradicionales de pensamiento (público/privado, héroe/villano) es donde radica el potencial crítico de la novela de Cisneros. Como veremos en el siguiente apartado, esta visión compleja y crítica de las relaciones entre los ámbitos público y privado aparece también en la obra de Agüero.

La tensión público-privado en el texto de Agüero

En el capítulo anterior, hemos analizado el potencial crítico del texto de Agüero, en concreto, el cuestionamiento que lleva a cabo de la forma en que se reciben y valoran las memorias sobre el Conflicto Armado Interno en el Perú contemporáneo. Esta es una forma que no puede recoger las memorias de los padres de forma integral: en esa doble dimensión de su militancia subversiva y su parentalidad. Hemos visto, también, cómo la militancia de los padres afecta la vida de los hijos y trastoca las dinámicas de la vida cotidiana por el permanente riesgo de captura o asesinato, y el estigma de terrorista -o hijo de terroristas- que perturba las relaciones de la familia.

De manera semejante al general Cisneros, la madre de Agüero busca crear un orden con el cual proteger a los hijos y la dimensión familiar del juicio y las amenazas públicas que su militancia en Sendero Luminoso convoca. Al hacerlo, sin embargo, de manera análoga al general Cisneros, introduce, en el orden de la vida privada, la mentalidad subversiva. Ciertamente, como explica Agüero, se concentra en preparar a los hijos para la guerra y el nuevo mundo posterior al triunfo de Sendero Luminoso:

[Mi madre m]e entrenó por años para resistir la tortura. Para soportar la respiración bajo el agua. (...) También a controlar nuestras emociones. No llorar, no mostrar debilidad (...) Ella decía que debíamos escoger una profesión pensando en el futuro del país, en lo que iba a necesitar la revolución cuando acabara la guerra. Mis preferencias por las humanidades la hacían reír. «No -me decía- tú estudiarás estadística o física». Cosas útiles. Para construir la sociedad de nueva democracia (91).

La vida pública y privada coexisten en los diferentes ‘tíos’ que frecuentan la casa familiar y los paquetes cerrados que entran y salen. De manera tácita, sin que nadie se los explique, los hijos saben que los ‘tíos’ son senderistas y que los paquetes contienen armas (85-86). Al respecto,

es interesante que Agüero mencione que aquello que le permite entender estas conductas sea la ideología con la que ha sido formado:

No me planteaba claramente entonces la moral de esas actividades. Es decir, no pensaba detenidamente en ello. Pero algo sabía. No era un niño ingenuo. Si estas cosas se hacían en mi casa, si las hacían mis jóvenes amigos y “tíos”, bajo la tutela de mi madre, debía ser correcto. Además, también lo creía personalmente. (...) Que te eduquen desde niño para mirar la pobreza y para que te duela, acaba por tener un resultado y se vuelve una especie de naturaleza y sentido común (86).

Por ello, el hecho de que la madre prohíba a los hijos pertenecer a Sendero Luminoso y bloquee cualquier intento de acercamiento entre ambos resulta precario (90-91). A diferencia de Cisneros, Agüero experimenta una penetración explícita de la ideología subversiva; es educado en ella: “[m]i educación había sido precaria en términos escolares, pero muy letrada, muy democrática, muy dialogante (86). Como él afirma, se trata de una educación que se orienta a formar una mirada crítica del presente, pero es, ante todo, una educación orientada al futuro, a la posibilidad de un mundo mejor (87). Resulta paradójico, sin embargo, que esta orientación a un futuro mejor sea la que, a la vez, le permite procesar y cuestionar la dinámica al interior de la casa y la actividad subversiva de la madre:

Pero al mismo tiempo, odiaba esa vida, poco a poco fui observando la miseria de este partido y sus contradicciones. El horror de la violencia. El miedo. Pero sustancialmente no el miedo por mí. El miedo por los demás. Por mi familia, por mi padre y luego por mi madre. Y las muertes, tantas muertes. No podía tener demasiado valor esa revolución si generaba esta matanza (87).

Curiosamente, el padre de Cisneros experimenta una paradoja semejante entre el blindaje que otorga a la casa familiar para apartarla del conflictivo entorno social en que él estaba involucrado y las reuniones de naturaleza política que tienen lugar en ella. Al respecto, existe una anécdota descrita por Cisneros que es sumamente ilustrativa. El padre brinda refugio en la casa familiar a un exfuncionario argentino del régimen de Videla, perseguido por crímenes de lesa humanidad. Paralelamente, prohíbe a los hijos acercarse a la zona de la casa donde este se encuentra y les brinda explicaciones escuetas y ausentes de todo carácter político (“Booket 2018” 197-201).

Así, en Agüero como en Cisneros, la vida privada no solo coexiste con la vida pública, sino que articula sus dinámicas y sus espacios en función de la injerencia de esta. La idea del orden y la idea de la nueva democracia, respectivamente, se configuran como horizontes sobre los cuales la vida familiar cobra sentido. Es por ello que, tras la muerte de la madre y la desarticulación de Sendero Luminoso con la captura de su líder, Abimael Guzmán, en 1992, Agüero experimenta el quiebre de su realidad, lo que describe como “[e]sa extraña sensación de haberme quedado de pronto como único habitante de un planeta que no existió” (93). Por su parte, Cisneros remite a una sensación semejante tras la muerte de su padre:

[Los militares que resguardaban la casa] y mi padre se encargaron de que nuestra cápsula ilusoria no tuviese ranuras por las cuales pudiese filtrarse el odio de allá afuera, el odio contra la clase política, contra la desigualdad, contra las represiones. (...) Cuando mi padre murió en 1995, murió toda aquella seguridad. Aparecieron entonces el miedo, las carencias, la vulnerabilidad, la necesidad de buscar salidas por nuestra propia cuenta. No solo viví un lento desmoronamiento interno, sino que afectó mi relación con el gran entorno que me envolvía (296).

Más allá de las diferencias de clase y del hecho de situarse en grupos opuestos y enfrentados durante el Conflicto Armado Interno, es importante notar que ambos narradores experimentan la desestructuración de la realidad tras la muerte de la figura que servía de nexo entre las esferas pública y privada. Ciertamente, el padre de Cisneros y la madre de Agüero fueron quienes estructuraron el mundo privado desde la mentalidad militar y subversiva, respectivamente. Así, sus respectivas muertes no significan solo la pérdida de ese espacio de seguridad construido a partir de ambas figuras, sino de la forma general en que el ese espacio se relacionaba con el mundo exterior. De ahí que Agüero experimente esa pérdida como la obsolescencia de un lenguaje para referirse al mundo (93): la mentalidad subversiva se configura como un modo de relación general entre la dimensión privada y la pública. Por ello también, Cisneros remite a un doble desmoronamiento: interior y de sus relaciones con el exterior.

En resumen, tanto en Agüero como en Cisneros, la relación entre la dimensión pública y privada asume una forma compleja en la que los padres cumplen un rol decisivo. Estos asumen una posición paradójica, en la que, para evitar el acoso de las amenazas vinculadas a su existencia pública en el entorno familiar, se ven obligados a estructurar las relaciones dentro del entorno privado siguiendo la mentalidad propia de su militancia política.

La reconstrucción de la memoria de los padres presente en los dos textos estudiados pasa, por ello, por la puesta en evidencia de tales contradicciones al interior de su figura. Dicha puesta en evidencia reconoce, sin embargo, las diferentes dimensiones de los padres como constitutivas de su memoria, por lo cual escapa a la identificación de estos con los rótulos de autoritarios o terroristas. Es allí donde se encuentra el potencial crítico de ambos textos, a decir, en su capacidad para mostrar tanto la forma en que se conectan y traspasan la identidad pública de los padres y su

identidad privada, como la insuficiencia de las categorías de militar, autoritario o subversivo, terrorista, para acoger la memoria integral de los padres.

Dado el grado de desestructuración de la realidad de los hijos que supone la pérdida de los padres, es importante preguntarnos por la naturaleza de estos ejercicios de memoria presentes en los textos. En concreto, es importante reconocer si se trata de búsquedas nostálgicas de reconstrucción del pasado o si es posible verlas, en cambio, como un modo de liberación orientada al futuro. Este es el objetivo de nuestro siguiente capítulo.

IV

Estructura de la dimensión subjetividad-objetividad en la representación del Conflicto Armado Interno

Subjetividad en las obras

En el capítulo anterior, hemos mostrado la estrecha interdependencia que existe entre la dimensión privada y la pública al interior de las obras estudiadas. Entre ellas, la figura del padre, en el caso de Cisneros, y la madre, en el de Agüero, cumplen un rol mediador fundamental. Así, la muerte de esta figura conlleva la desestructuración del mundo para los hijos. La intención de recuperar la memoria de los padres, presente en ambos autores, motiva, por ello, ciertas dudas sobre la naturaleza de estos ejercicios de memoria. ¿Se trata de un deseo de volver al pasado? ¿En qué medida se vinculan estos ejercicios con el presente y el futuro?

Ambas preguntas pueden sintetizarse en una: ¿es la naturaleza de los ejercicios de memoria propuestos por Agüero y Cisneros melancólica o no? Ciertamente, para la psicología freudiana, la melancolía remite a una situación en que una pérdida no ha podido ser superada, por lo que el duelo se prolonga indefinidamente. De esa manera, la atención al bien perdido provoca una obsesión por el pasado en el individuo que inhibe su proyección hacia el presente y el futuro (Freud, 244-247). Esta característica es vista por Melanie Klein como el cierre del propio yo sobre sí mismo. Es decir, el correlato de la desatención del presente y el futuro en favor del pasado motiva una desconexión del sujeto para con su mundo circundante: lo aísla al sumergirlo en sus propios recuerdos (Klein, 263)¹⁷.

¹⁷ Es importante analizar esta posibilidad, en primer lugar, porque la melancolía está presente en múltiples obras escritas y situadas en contextos de violencia política. Así, Gareth Williams (2009) encuentra en ella un eje articulador de la obra de Roberto Bolaños vinculada a la dictadura de Augusto Pinochet en Chile y Juan Velasco (2004), y la reconoce como un tema recurrente en el cine latinoamericano contemporáneo que tematiza la dictadura videlista en

Dado este aislamiento del individuo en sus recuerdos que caracteriza la melancolía, es importante analizar la figura del yo representado en las obras estudiadas. En principio, la narración en primera persona, la coincidencia entre autor, narrador y protagonista, y el empleo de nombres, fechas y lugares reales parecieran indicar la naturaleza autobiográfica de los textos y, con ello, la identidad del yo presente en estos sería la misma que la del propio Agüero y el propio Cisneros, respectivamente.

Efectivamente, de acuerdo con Philippe Lejeune, para que un texto sea una autobiografía es necesario que autor, narrador y personaje coincidan de manera explícita, es decir, que compartan la identidad del autor. Para ello, es necesario un tipo de pacto referencial entre el narrador y el lector, en el que el primero se compromete a brindar información sobre una realidad exterior al texto y, por tanto, verificable, aunque a través de la perspectiva personal del narrador. Por su parte, el lector se compromete a confiar en que lo narrado es efectivamente real. Para lograrlo, la autobiografía recurre, en primer lugar, al nombre del autor como nombre del protagonista y a la primera persona narrativa, pero, también, a la mención de nombres, fechas, lugares y eventos que el lector pueda identificar fácilmente como reales. La autobiografía funciona, de esta manera, como un pacto (*pacto autobiográfico*) entre el narrador y el lector, en el que se plantea, a la vez, una estrecha relación entre la realidad y el texto, y un criterio con el cual juzgar dicha relación en el relato ofrecido (26-41).

La adecuación a estos criterios no es, sin embargo, exacta en los textos estudiados. En primer lugar, cabe recordar la renuencia de Cisneros a identificar su texto con una biografía,

Argentina y la experiencia del exilio entre los inmigrantes ilegales en Estados Unidos. En segundo lugar, el aislamiento melancólico del sujeto ante la pérdida de un principio estructurador del mundo (expresado en una figura paterna) es la experiencia a partir de la cual Octavio Paz tematiza la soledad propia de la identidad mexicana en *El laberinto de la soledad* (1950). Esta perspectiva ha sido muy influyente en los estudios sociales relativos a la realidad latinoamericana. Al respecto, véase el texto de Sonia Montecino *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno* (1991).

personal o de su padre. Si el rótulo de autoficción presente en la primera edición ponía ya cierto énfasis en el carácter ficcional del relato, la modificación del prólogo en la edición de 2018 y la categorización del texto como “novela a secas” (“Booket 2018”, 11) refuerzan esta toma de distancia de la realidad. En este nuevo prólogo, Cisneros reconoce, además, lo problemático del término de autoficción para identificar a su texto. Aunque no da razones de esto, podemos inferir que una de ellas es el excesivo realismo de la obra, en la que los nombres, las fechas, lugares y eventos se corresponden con la realidad. Más aún, en los casos en los que un nombre es sustituido por otro, el autor lo anuncia.

Si la autoficción consiste en un *pacto ambiguo* en el que la identidad entre autor, narrador y protagonista no conlleva la presentación de una historia veraz, sino de una narración ficticia, la presencia constante de referentes reales hace difícil distinguir el elemento ficticio del texto de Cisneros¹⁸. Sin embargo, tanto el rótulo de autoficción como el de novela sirven de advertencia al lector para indicar que la intención del autor no es presentar una historia verídica (aún cuando muchos de los episodios presentes en la narración lo sean)¹⁹. En resumen, ni la autoficción ni la autobiografía resultan rótulos fácilmente aplicables al texto.

Por su parte, la naturaleza híbrida y fragmentaria del texto de Agüero lo distancia de la narrativa lineal del yo típicamente asociada a la autobiografía. En primer lugar, en distintos momentos, Agüero abandona el discurso narrativo en favor de la argumentación, por ejemplo, cuando discute los enfoques para la reconstrucción de la memoria desde las ciencias sociales. Allí, la primera persona desaparece y da lugar a enunciados impersonales que presentan y cuestionan

¹⁸ Manuel Alberca considera este pacto ambiguo, propio de la autoficción, como una combinación del pacto autobiográfico, al que refiere Lejeune, y el pacto ficcional, por el que la realidad de la obra no puede ser evaluada en función de la realidad externa a esta (2007, 32-33).

¹⁹ En este sentido, George May considera que, por encima de la presentación de nombres y eventos reales, lo que caracteriza a la autobiografía es la intención del autor de presentar a sus personajes y eventos como reales (417). Desde esta perspectiva, el texto de Cisneros difícilmente podría ser una autobiografía.

las ideas de otros autores (95-97). En este caso, la individualidad del yo se difumina en un lenguaje cuya neutralidad lo acerca a la ensayística académica²⁰.

En segundo lugar, la narración en primera persona deja lugar a la aparición de otras voces distintas de las del autor. Así, el episodio que describe el asesinato de la madre está escrito en tercera persona y el narrador se centra en la experiencia psicológica de esta y recurre para ello al monólogo interior, deteniéndose en los pensamientos, las dudas y las emociones de la madre en su agonía final (Agüero, 92). En otras ocasiones, el yo se convierte en un personaje más que interactúa con otros e, incluso, deja que sean ellos quienes tengan la palabra final (Agüero, 87-90).

De manera semejante, en el texto de Cisneros, no es el yo quien monopoliza la narración. Aunque nunca abandone la primera persona, esta cumple muchas veces el rol de testigo de la vida de otros. De hecho, más que la propia vida, es la vida del padre la que el hijo describe a lo largo de la novela. Por otra parte, en múltiples ocasiones, asume el rol de un entrevistador que expone las experiencias de terceras personas, como cuando viaja a Buenos Aires para conocer a la familia de la primera novia de su padre, Beatriz Abdulá²¹. La descripción de la vida y las emociones del yo dejan lugar a la de aquellos que entrevista para conocer aquellas otras facetas de su padre (Cisneros, 80-108).

Según Leigh Gilmore, sin embargo, esta dificultad para esclarecer la naturaleza autobiográfica de los textos estudiados responde a una tensión inherente a los géneros autobiográficos en general²². En concreto, la autora considera que la veracidad en estos géneros

²⁰ Desde luego, el recurso al estilo propio del mundo académico puede verse como una faceta estratégicamente asumida por Agüero en un texto que integralmente siga siendo una narrativa del yo. Esta es la postura que defenderemos en este capítulo.

²¹ Es importante considerar la trayectoria periodística de Renato Cisneros, que podría haber influido en la estructura narrativa de estos episodios de la novela.

²² Gilmore maneja una concepción amplia de autobiografía, en la que resulta posible incluir todo texto que establezca una relación entre autor, narrador y protagonista (3-11). En este sentido, preferimos emplear el término géneros autobiográficos para dar a entender que pueden remitir a la autobiografía como a otros géneros textuales.

está siempre atravesada por la perspectiva subjetiva del yo, pero, al mismo tiempo, la potencia imaginativa de la ficción se halla constreñida por su relación con la realidad. De esta manera, oscilan en los márgenes entre la ficción y la realidad. No obstante, antes que una debilidad, es esta característica de los géneros autobiográficos la que les permite jugar a redefinir los límites entre la subjetividad propia del yo y la objetividad de la realidad en la que el autor se sitúa. En otras palabras, la interdependencia entre la perspectiva personal y la experiencia subjetiva del yo autobiográfico, y los hechos objetivos y los otros yoes que configuran la realidad de su relato permite renegociar la relación entre el yo y la realidad al interior del texto autobiográfico (5-6). Así, textos como los de Agüero y Cisneros se valen de esta posibilidad de los géneros autobiográficos para dar lugar a las experiencias de otras voces.

Para entender esto es importante pensar al yo no como una identidad estable entre autor, narrador y protagonista, sino como una función deíctica y un efecto discursivo asociado a esta. Así como el demostrativo ‘esto’ tiene la función deíctica de señalar un objeto cualquiera y ponerlo en cierta relación con el emisor y el receptor, el pronombre ‘yo’ puede servir para referir no solo a la voz del autor, sino a cualquier voz. Ello no quiere decir, sin embargo, que se establezca una relación distinta de la triada autor-narrador-protagonista, sino que se introduce en ella otras identidades con el fin ponerlas en relación con la identidad del autor. En otras palabras, la introducción de eventos y personas de la realidad en la presentación del yo, al mismo tiempo que otorga veracidad al discurso autobiográfico, va mostrando cómo la subjetividad del autor-narrador-protagonista está transida por otros elementos y otras perspectivas externas a este. A esta característica por la que la subjetividad de un yo aparece como fundamentalmente interrumpida por voces y eventos de la realidad es a lo que Gilmore llama la *marca del yo* (6-8).

En relación con las obras estudiadas, podemos reconocer esta marca del yo en la forma en que la subjetividad de los hijos va develándose en su relación con la realidad objetiva del Conflicto Armado Interno. Este no sirve de mero contexto para el relato del yo; de hecho, muchos de los eventos narrados por Cisneros se sitúan temporalmente fuera de este conflicto. Asimismo, Agüero presenta diversas situaciones que tienen lugar muchos años después del mismo. Ciertamente, muchos episodios de ambas obras tienen como trasfondo político el Conflicto Armado Interno, pero este no es un escenario pasivo en el que se desenvuelve la vida de los hijos.

Como vimos en el primer capítulo, este conflicto es, en primer lugar, una amenaza para la estabilidad del orden familiar: para Cisneros, por la posibilidad de atentados terroristas por parte de los subversivos y, para Agüero, por la posibilidad de la captura y muerte de los padres por parte del Estado. Paradójicamente, sobre estas amenazas se configuran cada una de las dinámicas de la vida familiar, no solo porque la vida pública de los padres exija que los espacios de la familia coincidan con los espacios de su función política, sino porque el orden de la vida privada se articula en torno de los modelos de la vida militar, en el caso de Cisneros, y de la militancia subversiva, en el de Agüero. Así, analizamos, en el segundo capítulo, cómo la relación entre las dimensiones pública y privada se articula, para los hijos, en función de la figura del militar, encarnada en el padre de Cisneros, y la del subversivo, encarnada en la madre de Agüero.

Por ello, precisamente, la muerte de los padres supone la desestructuración de la realidad de los hijos, un trauma a partir del cual cobra sentido el ejercicio de memoria presente en los textos, el cual es, por lo tanto, también un ejercicio de reconexión con la realidad. A ello aludimos, en el primer capítulo, al interpretar la tarea de recuperación de la memoria presente en los textos con la necesidad de construir conexiones significativas que den un concepto y una expresión al trauma vivido. El yo se adentra, entonces, en su propio pasado para recuperar el recuerdo de sus padres.

Sin embargo, ello no supone ni un intento de restauración del mundo perdido con la muerte de los padres ni un aislamiento del individuo encerrado en su propio duelo. Por el contrario, el recuerdo de los padres aparece siempre en diálogo con otras voces que interrumpen las memorias de los hijos. Así, Cisneros recoge los testimonios de parientes, amigos y conocidos de su padre para contrastar y completar sus propias vivencias. Recurre, también, a expedientes, fotografías y otros tantos documentos que revelan facetas nuevas del padre.

Un episodio importante para ejemplificar esto es cuando se cita con sus medio-hermanos, Melania, Estrella y Fermín, para hablar sobre su padre. Ambos sostienen una posición crítica no solo respecto del padre, sino de la relación de este con la madre del narrador, Cecilia Zaldívar, por quien abandonó a su esposa, Lucila Mendiola, madre de Melania, Estrella y Fermín (144-158). Antes que cooperar en la reconstrucción de la autoridad paterna, las voces de los medio-hermanos fragilizan la figura del padre al exhibir las contradicciones entre su defensa de la lealtad y su infidelidad conyugal. No es posible, por tanto, pensar que el narrador busque restaurar el orden perdido o se cierre a su propia perspectiva del pasado.

De manera semejante, Agüero introduce una polifonía de voces con opiniones contrapuestas sobre la identidad subversiva y la memoria de la madre. Así, recupera los discursos expertos que, desde la jurisprudencia, la filosofía y las ciencias sociales, determinan la criminalidad, los alcances del concepto de víctima y memoria, y los posibles ejercicios de reconciliación social (95-132). De ahí, precisamente, la importancia de recurrir al discurso ensayístico para poder dialogar con estos discursos expertos desde su propia condición de hijo de subversivos. Sin embargo, la contraparte más evidente a la memoria del hijo es la respuesta que recibe por parte de familias que sufrieron a causa de la militancia subversiva de los padres a quienes Agüero pide perdón. Respuestas escuetas que, a la vez recalcan el daño ocasionado por

los padres y le piden distancia, pero que, en su brevedad, como Agüero reconoce, evidencian una faceta innegable de la figura parental: su militancia política (49-62).

Así, si bien estos ejercicios de memoria exigen a los hijos ahondar en su propia vivencia personal, esta es presentada en diálogo con otras voces. De esta manera, la subjetividad aparece en las obras en su interdependencia con la objetividad. Esto es así, en primer lugar, porque la presentación del yo —de las vivencias de los hijos— está siempre en diálogo con voces y datos de la realidad. En contraste con una asimilación de la realidad por parte de la perspectiva subjetiva del autor, estas voces y datos irrumpen en la memoria de los hijos: les presentan oposiciones y cuestionamientos que evidencian las contradicciones de las figuras parentales.

En segundo lugar, si, como dijimos en el primer capítulo, estos textos pueden verse como ejercicios de fabulación, entendida como la rearticulación imaginativa de la memoria, esta aparece aquí al recrear diálogos e interpelaciones que no hubieran sido posibles en la realidad. Por ejemplo, en el caso de Cisneros, al poner en relación la figura madura del padre militar con su yo infantil nervioso y obsesionado con la magia (41-48) o, en el de Agüero, entre la madre muerta y los hijos sobrevivientes (92-93). Así, la perspectiva subjetiva del autor como escritor permite reordenar los elementos de la realidad de tal manera que aparezcan contrastes en las figuras parentales a los que aludimos.

En otras palabras, la interdependencia entre subjetividad y objetividad propia de los géneros autobiográficos permite renovar la memoria de los padres no solo con nuevas articulaciones entre los recuerdos del hijo, sino con información y perspectivas nuevas provenientes de la realidad. La consecuencia más evidente de ello es que la subjetividad aparece en las obras como una construcción frágil y en relación continua con otras voces. La vida familiar de los hijos, su experiencia privada y su propia voz aparecen continuamente intersectadas por

elementos de la realidad que cuestionan sus creencias sobre los padres y, en general, que les obliga a repensar sus propias memorias. Tomar conciencia de las contradicciones y limitaciones del orden instaurado por los padres les permite regresar al pasado con una mirada crítica y descubrir la propia fragilidad de los padres: las contradicciones dentro de su actuar, y los temores y frustraciones que se asocian a estas. Esto no supone un enjuiciamiento de los aciertos y desaciertos de los padres; por el contrario, las distintas facetas contrapuestas de los padres exceden las categorías morales y jurídicas, como vimos en el segundo capítulo al analizar el potencial crítico de las obras. Por ello es que Cisneros afirma que, aún después de conocer los aciertos y desaciertos de las decisiones del padre, este le sigue pareciendo una playa inabarcable (382). Por eso, también, Agüero no encuentra en las formas de presentar públicamente las memorias del Conflicto Armado Interno una manera capaz de integrar la figura de la madre.

En general, ambos autores, al escribir desde una subjetividad frágil, transida de otras voces, revelan la propia fragilidad de la figura parental en su multiplicidad de facetas contrapuestas. Sin embargo, es esta multiplicidad de facetas la que se dirige críticamente hacia el presente y el futuro, porque ni la memoria de la madre puede calzar con la categoría del subversivo ni la del padre con la de militar. La apertura de la subjetividad del yo presente en esta puesta en común de sus propios recuerdos permite, de este modo, hacer de la experiencia del duelo un problema común respecto de la forma de procesar la memoria sobre los agentes del conflicto, la forma de pensarlos en las categorías que les otorgamos y la naturaleza de la violencia que a ellos asociamos. Este es el tema de nuestro siguiente apartado.

Objetividad en las obras

Para entender la relevancia social de los ejercicios de memoria presentes en las obras estudiadas, es importante enmarcarlos en las prácticas culturales y políticas que la sociedad peruana sostiene con relación al Conflicto Armado Interno. Siguiendo a Félix Reátegui, en situaciones de posguerra, suelen aparecer dos tendencias: una de ellas orientada a la búsqueda de justicia, el esclarecimiento del conflicto pasado y la comprensión de sus efectos (*lenguaje de la paz*); y la otra, orientada a la rápida normalización de la sociedad, renuente a problematizar el conflicto y sus resultados, y a favor de una visión general de desarrollo y modernización aplicable a toda la ciudadanía de manera neutral y dirigida siempre hacia el futuro (*lenguaje del desarrollo*)²³. En el caso peruano, el Estado ha tendido a abrazar esta segunda tendencia defendiendo la idea de que, con la desarticulación de Sendero Luminoso, se dio término al conflicto, y promoviendo la idea de que el crecimiento económico y la lucha contra la pobreza bastarían para reconstruir y fortalecer a la sociedad posconflicto. Es decir, el Estado peruano pensó una política de desarrollo orientada a un contexto de normalidad para aplicarla en un país en que el conflicto había dejado traumas y brechas sociales específicas (“Desarrollo y construcción de la paz”, 11-15).

Como vimos en el primer capítulo, el discurso oficial sobre el Conflicto Armado Interno se afirma como una victoria decisiva sobre los grupos subversivos. Lo que queda, entonces, es promover la modernización y el desarrollo orientándose al futuro. Todo intento por retomar la

²³ Con situación de posguerra, el autor alude a un contexto en el que ciertas dinámicas culturales, jurídicas, políticas y sociales, en general, solo cobran inteligibilidad en relación con la violencia de un conflicto que las origina, y, por lo mismo, exigen regresar sobre ese conflicto para poder hallar soluciones a sus problemas específicos (Reátegui, “Introducción, 10).

memoria del conflicto desde una perspectiva diferente es visto, por lo tanto, como una regresión hacia el pasado: contraria al desarrollo y los intereses nacionales defendidos por el Estado²⁴.

En un marco más extenso, Andreas Huyssen considera que existen dos tendencias globales en las prácticas culturales y políticas actuales. Por un lado, la tendencia hacia la globalización, caracterizada por una continua celebración de lo nuevo y lo universal, y, por otro, una tendencia a recuperar las memorias del pasado particulares. Así, la constante innovación tecnológica y la competencia por lograr nuevos éxitos musicales contrastan con la exposición pública de los testimonios del Holocausto, las masacres de Angola, Ruanda o Guatemala, y las víctimas de la crisis del Sida de 1980-90. Es evidente entonces que la orientación al futuro y al pasado coexisten también a nivel global. De manera semejante a la neutralidad del lenguaje del desarrollo y la especificidad del lenguaje de la paz, la orientación al futuro se dirige a la sociedad de manera universal: cuanto mayor alcance tenga un nuevo producto y cuanto más flexible sea para adaptarse a situaciones diferentes será mejor. En cambio, la orientación al pasado subraya la especificidad de un grupo humano afectado (los judíos, los angoleños, los ruandeses, los guatemaltecos, los homosexuales, etc.) y las diferentes dimensiones en las que son afectados (la violencia física, la violencia verbal, el estigma, etc.). Por ello, precisamente, esta recuperación de la memoria es descrita como prismática y heterogénea (12-20).

La relevancia social de los textos estudiados debe verse, por tanto, en relación con la defensa del Estado peruano de un lenguaje del desarrollo orientado al futuro y su oposición al lenguaje de la paz orientado al pasado, pero, al mismo tiempo, en el marco global en que la

²⁴ Una de las primeras consecuencias de un conflicto es la conceptualización del otro como un enemigo y la subsiguiente polarización de la sociedad en dos bandos. La conceptualización de los subversivos como enemigos públicos sirvió, en el caso peruano, para condenar a amplios sectores de la oposición política al asociarlos -real o falsamente- con los grupos subversivos (Burt, 48-51). De este modo, el cuestionamiento del lenguaje del desarrollo propugnado por el Estado peruano es interpretado también en términos de esta polarización como un discurso anti-Estado: un discurso del enemigo.

globalización y la recuperación de la memoria se hallan en tensión. En este último sentido, es importante recuperar la descripción de la tendencia a la recuperación de la memoria hecha por Huysen como prismática y heterogénea. Ciertamente, la marca del yo presente en las obras y, con ello, el lenguaje personal y subjetivo que las caracteriza, se contraponen a la universalidad y neutralidad de las tendencias globalizadoras. Sin embargo, es la diversidad de voces presentes en ambas obras la que permiten identificar en ellas este carácter prismático y heterogéneo de la tendencia a la recuperación de la memoria.

Ambas características, como vimos en la sección anterior, no se oponen. Siguiendo a Michael Fischer, el intercalar y yuxtaponer voces diferentes propio de los géneros autobiográficos es lo que hace de ellos un espacio privilegiado para mostrar la vida al interior de una sociedad. Esto se debe a que, a diferencia de la narración etnográfica en la que el investigador dirige y pone límites al relato de un solo individuo, en los géneros autobiográficos es el propio individuo el que, de manera libre, presenta su propia forma de sentir y entender sus vínculos sociales. Incluso, al recuperar diferentes voces pertenecientes a otros individuos manifiesta el conflicto inherente a las relaciones sociales y los cambios vividos en estas (Fischer, 96-99).

En la sección anterior, vimos cómo los conflictos de la vida familiar aparecen en la novela de Cisneros en la yuxtaposición de las voces de los parientes, amigos y conocidos de la familia con la voz del yo, que, en tales situaciones, se convierte en un entrevistador. Nos interesa ahora centrarnos en el texto de Agüero. En particular, en aquellos pasajes en los que el narrador asume el lenguaje del ensayo académico para discutir las opiniones expertas sobre la memoria, la violencia y la justicia. Nuestra intención con esto es mostrar que tal cambio de registro no supone un distanciamiento de los géneros autobiográficos, sino que se puede interpretar desde el lenguaje del *ensayo personal*.

Para Sidonie Smith y Julia Watson, este género se remonta a los ensayos precursores de Montaigne y se caracteriza por la autoevaluación del yo que se lleva a cabo en ellos. Ciertamente, el objetivo del ensayo personal es poner por escrito un proceso de autoexploración y conocimiento que supone un desafío tanto intelectual como emocional y psicológico en el cual el individuo confronta y reformula su punto de vista en diálogo con diferentes opiniones (200). Así, en esta clase de ensayos, el énfasis está puesto en el proceso experimentado por el individuo y no en el carácter concluyente de las ideas expuestas.

Es precisamente un proceso lo que aparece en las partes del texto de Agüero, en que este recurre al lenguaje ensayístico. Así, tras presentar los argumentos de Elizabeth Jelin sobre la importancia de recuperar la agencia de las víctimas del Conflicto Armado Interno, comenta: “Recuperar al actor [la agencia de las víctimas]. Pero ¿cómo, cuán profundo, a cuáles, quién debe recuperarlos? Creo que estas palabras siguen siendo superficiales. (...) Me duele no comprender, no estar seguro de estas cosas (98-99)”. Cabe notar, en el uso del lenguaje, la ausencia de aseveraciones firmes. Agüero recurre a las interrogaciones y presenta sus opiniones con modalizadores (creo, no estoy seguro). Hay, incluso, una manifestación directa de sus emociones al afirmar que le duele no comprender. De este modo, antes que defender una postura neutral, el yo se cuestiona su propia comprensión de la situación, intenta esclarecerla interrogándose a sí mismo y plasma este proceso de autoexploración en el texto.

Por otro lado, este fragmento se enmarca en la quinta sección del texto, titulada “Las Víctimas”, donde Agüero reflexiona sobre el concepto de víctima y su importancia para otorgar un reconocimiento a las personas afectadas por el Conflicto Armado Interno (95-118). En concreto, el comentario a Jelin del párrafo anterior está enlazado a la presentación de los discursos expertos contemporáneos sobre el tema (95-97) y la presentación de testimonios de personas afectadas por

el conflicto que, sin embargo, no pueden ser reconocidas desde la categoría tradicional de víctima (100-103). El diálogo con las opiniones expertas se articula, por tanto, en una reflexión sobre la posibilidad de que los afectados por el conflicto puedan ser efectivamente reconocidos.

Como hemos visto en el segundo capítulo, el tema de la insuficiencia de las categorías existentes para reconocer a los involucrados en el Conflicto Armado Interno es un tema central en el libro de Agüero. Así, dicha sección responde a esta idea general en la medida en que revela la insuficiencia de los discursos expertos. Sin embargo, esta insuficiencia no pasa por una invalidación de estos discursos o por la afirmación de uno nuevo. Por el contrario, Agüero reconoce su importancia: “Pienso en la CVR, las ONG y el Consejo de Reparaciones. Sin mezquindades, lo que han hecho con sus limitaciones, en estos años, es mucho”²⁵ (110).

Tal insuficiencia radica en la dependencia de los discursos expertos de sus propios aparatos teóricos, y presupuestos éticos y jurídicos. Así, por ejemplo, la oposición de ciertas teorías a la concepción pasiva de la víctima, como un individuo afectado y sin capacidad de acción, aparece vinculada a la defensa del empoderamiento de los afectados, de su capacidad de actuar y defenderse por sí mismos (111-112). El problema que Agüero identifica es el grado de importancia que tienen los testimonios y motivaciones de los afectados al momento de afirmar tales discursos, ya que, según su opinión, investigadores y afectados no suelen escucharse mutuamente (113). Intercalar las teorías sobre la justicia con los testimonios de las víctimas y sus propias experiencias como hijo de subversivos puede verse, por tanto, como una intención de abrir un diálogo entre los discursos expertos y los testimonios de los afectados.

²⁵ CVR hace referencia a la Comisión de la Verdad y Reconciliación establecida al término del conflicto con el objetivo de esclarecer sus causas y ayudar a resolver los problemas ocasionados. Parte de las medidas adoptadas tras su establecimiento fue la creación del Consejo de Reparaciones, el cual busca brindar acceso a la justicia y reparaciones económicas a las víctimas del conflicto. Las ONG, por su parte, son las organizaciones no-gubernamentales, es decir, de administración y financiación privada o extranjera, que han colaborado con estos fines.

Sin embargo, tal diálogo se da en el marco de la autoexploración del yo. Agüero lo reconoce en su presentación general del libro: “No pretendo representar a nadie. Al escribir lo hago con una única regla, procuro ser honesto, lo hago como si escribiera para mí. Como no soy excepcional, entonces espero que haya algunos que encuentren aquí algún reflejo” (15). Si, como afirmamos en el segundo capítulo, la subjetividad en las obras aparece transida por otras voces, es importante reconocer ahora a los discursos expertos como una más de estas voces. La abundancia de reflexiones, el carácter no-concluyente —e incluso vacilante— de las opiniones presentadas por el autor, el diálogo con otras opiniones, y los continuos cuestionamientos y reformulaciones de las propias ideas evidencian la estrecha relación entre el lenguaje de Agüero y el del ensayo personal. Así, es posible entender este libro la confluencia del lenguaje de la ensayística y el de la autobiografía: la reflexión presentada por el autor está siempre vinculada a la propia experiencia y presentada como algo personal.

Cuando Agüero afirma, entonces, que su libro “está escrito desde la duda y a ella apela” (14), pone de manifiesto no solo el carácter personal del libro, sino que el énfasis de la reflexión presentada en él está en el proceso y no en las conclusiones ofrecidas. Volveremos sobre esta afirmación más adelante. Por ahora, podemos apreciar ya, tanto en la obra de Cisneros como en la de Agüero, la yuxtaposición de voces propia de los géneros autobiográficos a la que aludía Fischer. Según él, esto hace de estos géneros un espacio privilegiado para mostrar la realidad social en la que se inscriben por dos razones. En primer lugar, expresan las dinámicas existentes entre el arte (la literatura en particular) y la sociedad presentes en la forma en que su creación y recepción se posicionan en el conjunto de las prácticas culturales de una sociedad. Así, las tradiciones escritas con las que se alineen, los niveles de difusión o censura, y las funciones que cumplan en una sociedad dan muestra de ello. En segundo lugar, los modos y contextos en los que se da el cruce

de identidades entre el yo y las otras voces presentes en los textos nos aproxima a las relaciones entre el individuo y la sociedad en la que este se sitúa (83-93).

Sobre lo primero, cabe recordar la tensión global entre la orientación hacia el futuro y la orientación hacia el pasado, la cual tiene un correlato en los lenguajes del desarrollo y la paz presentes en la sociedad peruana contemporánea. Por un lado, la precisión histórica de los relatos, es decir, la exactitud de las fechas y los lugares, y el trabajo documental involucrado, se enmarca en la tendencia a la recuperación de la memoria a la que alude Huyssen. En ambas obras, las memorias recogidas corresponden a distintos individuos reales en situaciones bien delimitadas, lo cual manifiesta su naturaleza heterogénea y concreta, propia de la orientación global hacia el pasado. Por otro lado, estas memorias, en su diversidad, se contraponen a la idea de una única versión del Conflicto Armado Interno y la visión de un pasado superado propugnadas por el Estado.

Sin embargo, las obras no son solo un receptáculo de testimonios invisibilizados por el Estado. Ciertamente, Lucero de Vivanco considera que una característica de mucha de la producción artística peruana contemporánea sobre el Conflicto Armado Interno es que puede ser vista como un mecanismo de reparación frente a la violencia simbólica sufrida durante el conflicto. La autora entiende por violencia simbólica aquella que se ejerce sobre “el conjunto de significados apreciados cultural, social, política y éticamente por una determinada colectividad” (“Tres veces muerto”, 134). En el caso peruano, esta se manifiesta en la exclusión de ciertas identidades de la esfera ciudadana y, con ello, del debate público, y el acceso a la verdad y la justicia. La presentación de versiones contrapuestas sobre lo ocurrido en el conflicto y la transmisión de las emociones vinculadas a estas versiones permitirían despertar un sentimiento de empatía por el otro

a partir del cual cuestionar la forma en que se ha configurado la esfera social advirtiendo su carácter excluyente (De Vivanco “Tres veces muerto”, 134-136).

De Vivanco está pensando específicamente en las memorias que el Estado no recoge en su versión oficial. Así, las memorias de los subversivos recogidas por Agüero funcionan bien para entender este mecanismo de reparación (140-144). Nos parece importante subrayar, sin embargo, que, si estos ejercicios de reparación suponen una modificación del lenguaje excluyente instaurado por la violencia simbólica en la sociedad peruana, deben verse como una modificación de las estructuras simbólicas presentes en ella. En otras palabras, su fuerza restaurativa descansa en su capacidad de afectar la red de significados sobre los cuales se estructuran las prácticas de exclusión, lo que Jacques Rancière llamaba distribución de lo sensible, como vimos en el segundo capítulo. Si esto es así, la diversidad de voces y sentimientos permite, también, poner en duda la suficiencia de los significados presentes en la sociedad para interpretar a los involucrados en el Conflicto Armado Interno. La empatía por el otro estaría, entonces, acompañada de un extrañamiento ante la imposibilidad de reconocerlo con los significados existentes en la sociedad.

Esta tensión entre empatía y extrañamiento es la que motiva reacciones diferentes de parte de los grandes lenguajes políticos existentes en la sociedad (a decir, el lenguaje de la paz y el lenguaje del desarrollo) y, en su relación con estos, nos permite aproximarnos a la relación entre el arte y la vida social. Así, el propio Agüero reconoce, en una entrevista con Lucero de Vivanco, que su libro fue interpretado, por algunos, en términos de una literatura del yo, del trauma interior y su subsanación, y, por otros, como una invitación al diálogo sobre la posibilidad de la reconciliación a nivel social (De Vivanco, “Interrumpir las certezas”, 273). Esta distinción puede extenderse a ambas obras. La primera lectura aparece, por ejemplo, en una entrevista simultánea a Agüero y Cisneros hecha por el periodista peruano Jaime de Althaus. Este identifica el problema

central de la obra del primero como el problema del hijo de un senderista para tener la aceptación de la sociedad. Del mismo modo, la obra de Cisneros es presentada también únicamente en función de un conflicto personal entre el hijo y el padre (Agüero y Cisneros, 00:07:45-00:08:10). Lo político tiende, en esta lectura, a ocultarse y toma la forma de un trasfondo pasivo, en el caso de Cisneros, o una alucinación ideológica de la que hay que despertar, en el de Agüero (00:04:30-00:06:35). En ambos casos, el potencial cuestionador de la versión oficial sobre el Conflicto Armado Interno presente en las obras es obviado.

La segunda lectura aparece, en relación con el texto de Agüero, en el descubrimiento de su potencial restaurativo que le adjudica De Vivanco, el cual mencionamos párrafos atrás. Del mismo modo, De la Paz Amaro rescata el potencial crítico de la obra de Agüero y su valor para la construcción de un futuro posible, al mismo tiempo que critica el intimismo propio de la obra de Cisneros como convencional y poco cuestionador (117-118). Sin embargo, como hemos intentado mostrar a lo largo de este trabajo, es posible una lectura de esta segunda especie también para la obra de Cisneros en la medida en que visibiliza —quizás a contramano de los deseos de su autor— el trastocamiento de la vida privada por un carácter autoritario y marcial, y las contradicciones inherentes a la figura del padre militar. No obstante, para ello es importante reconocer que, junto con la empatía, las obras producen un extrañamiento respecto de las identidades representadas. Si la empatía para con el padre corre el riesgo de servir como una estrategia para olvidarnos y obviar los crímenes cometidos por los militares, el extrañamiento resultante de la presentación de las distintas facetas del padre permite cuestionar la solidez y coherencia de la figura del militar.

Así, las obras nos aproximan a las relaciones entre el arte y la vida social no solo porque cumplan la función de presentar aquellas memorias no visibles en la esfera pública y el discurso oficial. Además de ello, permiten cuestionar los significados sociales establecidos con relación al

conflicto y apreciar la forma en que los lenguajes políticos presentes en la sociedad se aproximan a este potencial cuestionador. Por su parte, la relación entre individuo y sociedad, como vimos en el capítulo anterior, se revela en las interconexiones entre el ámbito público y el privado, y los límites difusos que se trazan entre ambos. Para Carmen Perilli, en la literatura posterior al Conflicto Armado Interno, la filiación aparece siempre conectada a una relación tripartita entre individuo, familia y nación. No se trata únicamente de que los problemas sociales repercutan en las relaciones entre padres e hijos, sino que se da un paralelismo entre la estructura familiar y la estructura estatal (81-89). Así, las conexiones entre la estructura del ámbito privado y el ámbito público que describimos en el segundo capítulo pueden entenderse como una característica general a la literatura de posguerra peruana.

Lo que esto parece poner de manifiesto es que para aproximarse a las relaciones filiales durante el conflicto es inevitable representar los resultados de la violencia vivida tanto para la esfera pública como para la vida familiar. De este modo, los cambios, problemas y acciones enmarcadas al interior de las relaciones entre padres e hijos remiten necesariamente a las transformaciones sufridas en la esfera pública. Que las obras permitan, por lo tanto, analizar la intensificación del machismo o la desintegración de las relaciones comunitarias en periodos de conflicto a través de la descripción de la dinámica interna de la vida familiar es, entonces, muestra de esta interdependencia entre la vida familiar y la vida nacional. Sin embargo, es necesario esclarecer en qué medida estas obras, escritas desde la subjetividad de un individuo particular, pueden ser objeto de análisis para las distintas ciencias sociales. En otras palabras, es importante entender en qué sentido las ciencias sociales no solo brindan inteligibilidad al universo interior de la obra, sino que, al hacerlo, permiten esclarecer ciertos aspectos de la sociedad peruana en que se inscriben las obras.

Para entender esto es importante retomar la afirmación de Agüero sobre su obra: “Este libro está escrito desde la duda y a ella apela”. Consideramos que esta advertencia no busca únicamente que el lector no dé por sentadas las afirmaciones del autor en la obra. Sí, como defendemos, el recurso al lenguaje ensayístico pone énfasis en el proceso de autoexploración y cuestionamiento del yo, tal afirmación puede entenderse como una manifestación de la intención de conducir al lector hacia la propia autoexploración y cuestionamiento. Esta idea se ve reforzada por el hecho de que, aunque Agüero reconozca que no pretende representar a nadie al embarcarse en este ejercicio de autoexploración, al no tratarse de un individuo excepcional “esper[a] que haya algunos que encuentren aquí algún reflejo” (15).

Ateniéndonos a esta cita, podemos afirmar que Agüero espera que el lector encuentre en su relato elementos afines a su propia vida. Tales elementos resulten, probablemente, más cercanos para un lector que haya vivido también en el Perú durante el conflicto. La exposición constante a posibles atentados; la vigilancia de la Policía y el Ejército; y la frecuencia con que muertos y desaparecidos figuraban en los periódicos son parte de esta experiencia común. Sin embargo, lo es también —y de manera más general— la experiencia de la maternidad que Agüero describe en diversos pasajes. El contraste que se crea entre estas experiencias comunes y las asociadas a la faceta subversiva de la madre conlleva un cuestionamiento de la distancia entre ambas. Es decir, este juego entre empatía y extrañamiento hacia las identidades presentadas motivan en el lector la duda sobre cuán ajenas son en verdad la realidad de los subversivos y su propia realidad.

Algo semejante opera en el texto de Cisneros en el contraste entre la paternidad y la vida matrimonial del padre, y su faceta militar y autoritaria²⁶. Por un lado, el juego entre empatía y

²⁶ Cisneros afirma, en una entrevista para la BBC, que su intención con el libro era generar dudas en aquellos que se sienten plenamente seguros sobre su historia familiar (“Me interesaba despertar”). La intención de cuestionar las certezas de los lectores resulta, así, común a Agüero y Cisneros.

extrañamiento permite en Agüero preguntar por dónde quedan en las teorías de la justicia y las políticas del Estado los roles parentales, la solidaridad comunitaria y el sufrimiento compartido que hacen del subversivo un miembro más de la ciudadanía. Por otro, en Cisneros, permite cuestionar en qué medida el autoritarismo no se halla también en los micromachismos cotidianos y en qué medida no manifiesta la propia frustración e impotencia ante un presente y un pasado inciertos.

Si estos contrastes entre una realidad familiar y una realidad ajena permiten al lector dirigir cuestionamientos al mundo exterior a la obra, algo similar ocurre con las ciencias sociales. En este caso, las contraposiciones presentes en las obras permiten plantear asociaciones innovadoras al interior de los estudios sociales. En el caso de Agüero, hemos visto ya cómo al poner en diálogo los discursos expertos con los testimonios de los afectados permite cuestionar la insuficiencia de las concepciones de víctima y justicia. En relación con Cisneros, la forma en que el Conflicto Armado Interno intensificó el machismo al interior de las relaciones familiares en las clases altas peruanas es algo que podría estudiarse a partir de las propias experiencias narradas por el autor²⁷. En cualquier caso, las dudas y cuestionamientos motivados por las obras se extienden a las ciencias sociales, que pueden valerse de estos para dirigirse a una dimensión poco estudiada de la realidad o para revisar sus propios presupuestos sobre el conflicto.

De este modo, los ejercicios de memoria presentes en las obras de Agüero y Cisneros dialogan con las tendencias globales orientadas a la recuperación de la memoria y los lenguajes políticos propios de la realidad peruana. Al hacerlo, permiten mostrar las dinámicas existentes

²⁷ Los estudios sociológicos sobre la clase alta limeña son, en general, escasos y aún más en temas de género. Al respecto pueden citarse los estudios de Liuba Kogan y, en particular, su libro *Regias y conservadores* (2009). Los estudios sobre género en relación con el Conflicto Armado Interno son más abundantes, pero suelen circunscribirse a las comunidades rurales, periurbanas o los soldados y subversivos directamente implicados en el Conflicto y no a los altos mandos. Al respecto véase el libro de Narda Henríquez *Cuestiones de género y poder en el Conflicto Armado en el Perú* (2006).

entre el arte y la vida social en la forma en que la tensión entre empatía y extrañamiento presente en ellas es interpretada por los lenguajes políticos nacionales. Tal tensión permite, a su vez, poner en duda las certezas sobre los significados sociales relativos al Conflicto Armado Interno y con ello motivar nuevas aproximaciones a la realidad, tanto por parte de los lectores individuales, como de las ciencias sociales. En ello radica la relevancia social de las obras estudiadas y se manifiesta la interdependencia entre subjetividad y objetividad presente en ellas. Ni la realidad objetiva se convierte en un mero recurso para la presentación de la subjetividad del yo, ni la subjetividad se diluye en la neutralidad del lenguaje ensayístico académico. Por el contrario, ambas establecen entre sí una relación dialéctica.

Conclusiones

Regresando a la pregunta que articula este trabajo, es decir, a la pregunta por el modo en que se presenta el Conflicto Armado Interno peruano en las dos obras estudiadas, podemos decir que se trata de una articulación compleja. El Conflicto no es un mero trasfondo: interrumpe las historias narradas, moldea a los personajes y afecta sus decisiones. Sin embargo, las historias de Agüero y Cisneros no se restringen al Conflicto: lo exceden no solo temporalmente, sino temáticamente. El conjunto de hechos de la historia política del Perú, anteriores y posteriores al Conflicto, y la polifonía de voces, que abarcan desde la parentalidad hasta el discurso experto de la jurisprudencia, se imbrican y despliegan alrededor del Conflicto enriqueciéndolo con nuevas reflexiones. Uno estaría tentado de afirmar que la vigencia de la literatura sobre este periodo de la historia peruana descansa en que, más allá de un motivo que se agota, el Conflicto se presenta como un tópico -en el sentido más concreto de topos, espacio- que se expande.

En cualquier caso, en las obras estudiadas, tal expansión resulta de una forma muy específica de ejercer la imaginación literaria: no para recrear o imitar la realidad de los acontecimientos, sino para intentar modificarla, para interpelarla desde nuevos lugares de enunciación. Ciertamente, Agüero y Cisneros comparten la necesidad de darle una forma a la memoria de los padres, la cual es a su vez real e imaginada: real porque los padres existieron e imaginada porque demanda un ejercicio creativo que ponga en relación sus diferentes facetas. Así es como la imaginación literaria coopera con la realidad al crear esas conexiones que articulen la figura de los padres. Al hacerlo, sin embargo, las articulaciones producidas entran en contacto de manera inevitable los discursos sociales sobre el Conflicto y la parentalidad.

Las articulaciones resultantes no son armónicas ni pretenden serlo. Cómo se padre o madre, y a la vez estar dispuesto a matar supone un dilema ético cuyo resultado, en las obras, es siempre aporético y queda, en todo caso, a decisión del lector. Lo que las articulaciones logran es mostrar que tales extremos convivieron en hombres y mujeres reales, cuya existencia encarnó dicha contradicción. Las historias presentadas por Agüero y Cisneros son, por ello, a la vez privadas y públicas en un doble sentido. Son privadas porque son sus propios relatos de filiación que, a su vez, se sujetan al escrutinio público de dos actores antagónicos de un evento político: una guerra. Públicas, porque la propia intimidad no se entiende sin su conexión con esa guerra que, paradójicamente, ofreció los recursos con los que se construyó la vida cotidiana.

La imagen final de los padres es, por tanto, una imagen conflictiva o, de manera más precisa, no hay una forma final de la memoria: qué hacer con estos hombres y mujeres, dónde colocarlos, desde dónde juzgarlos son preguntas que ninguno de los textos leídos responde. Es, sin embargo, esta articulación aporética de la figura de los padres la que nos permite afirmar el carácter transformador del ejercicio de memoria llevado a cabo por Agüero y Cisneros. La apertura de la intimidad de la relación filial al escrutinio público y el cuestionamiento de las categorías sociales desde la experiencia personal operan un doble movimiento transformador. La realidad objetiva del mundo penetra la subjetividad de la memoria de los hijos a la par que esta introduce un elemento nuevo en los discursos existentes en torno al Conflicto. En ambos casos, queda claro que es imposible pensar a estas figuras solo como padres y madres, o solo como terroristas y militares. La pregunta que queda sin resolver es si en algún momento será posible.

Pensamos que, en la medida en que tal pregunta se mantenga vigente, el Conflicto seguirá siendo un tópico vigente. Quizás toda guerra genera sus propias aporías y pone a la sociedad ante el dilema de olvidar o sostener el recuerdo. Quizás mientras el recuerdo no se extinga las

interpretaciones de toda guerra oscilarán entre rescatar la humanidad de sus actores y condenar su inhumanidad. Estas dos obras -y quizás toda la literatura en torno al Conflicto Armado Interno- nos manifiestan que no estamos tan lejos de aquellos hombres y mujeres que empuñaron las armas unas décadas atrás, que ellos también fueron madres, padres e hijos. Más allá de las decisiones políticas que tomemos sobre qué ver y qué no ver en estos hombres y mujeres, los textos leídos nos recuerdan que una nueva forma de articular la memoria es siempre posible.

Referencias:

- Agüero, José Carlos. *Los rendidos. Sobre el don de perdonar*, Instituto de Estudios Peruanos, 2015.
- Agüero, José Carlos y Renato Cisneros, entrevistados por Jaime de Althaus. *La hora N*, 28 de julio de 2015, canaln.pe/actualidad/renato-cisneros-y-jose-carlos-aguero-dos-historias-parallelas-n191400. Consulta: 8 de febrero de 2020.
- Aguirre, Carlos. “Terruco de m... Insulto y estigma en la guerra sucia peruana”. *Histórica*, v. 35, n.1, 2011, pp. 103-139.
- Alberca, Manuel. *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. Biblioteca Nueva, 2007.
- Arendt, Hannah. *Correspondence---Scholem, Gershom Gerhard---1963-1964, n. d. Series: Adolf Eichmann File. 1938-1968*. The Hannah Arendt Papers at the Library of Congress, 1963.
- Eichman in Jerusalem. Series: Speeches and Writings File. 1923-1975*. The Hannah Arendt Papers at the Library of Congress, 1963.
- Armstrong, Nancy. *Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela*, Cátedra, 1987.
- Burke, Peter. *La revolución historiográfica francesa: la escuela de los “Annales”, 1929-1989*, Gedisa, 1999.
- Burt, Jo Marie. *Violencia y autoritarismo en el Perú: bajo la sombra de Sendero y la dictadura de Fujimori*, 2da ed., Instituto de Estudios Peruanos/Servicios Educativos Rurales/Equipo Peruano de Antropología Forense, 2011.
- Cisneros, Renato. *La distancia que nos separa*, Booket, 2018
- La distancia que nos separa*, Planeta, 2015.

- “Me interesaba despertar en aquellos que tienen tantas certezas sobre su relato familiar algunas dudas incómodas”. *BBC Mundo*, 24 de enero de 2018, bbc.com/mundo/noticias-42750503. Consulta: enero de 2020.
- Comisión de la Verdad y Reconciliación. *Informe final*, Comisión de la Verdad y Reconciliación, 2003.
- Consejo de Reparaciones de la República del Perú. *Registro Único de Víctimas*, ruv.gob.pe. Consulta: mayo de 2019.
- Degregori, Carlos Iván. *La década de la antipolítica: auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*, Instituto de Estudios Peruanos, 2001.
- Qué difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú. 1980-1999*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1990.
- De la Paz Amaro, Lorena. “El discurso autobiográfico y la responsabilidad de los ‘hijos’ en un contrapunto escritural: en torno a *Los rendidos*, de José Carlos Agüero, y *La distancia que nos separa*, de Renato Cisneros”. *Cuadernos del Centro Interdisciplinario de Literatura Hispanoamericana*, v. 18, n. 2, 2017, pp. 95-119.
- De Vivanco, Lucero. “Interrumpir las certezas. Conversación con José Carlos Agüero”. *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, n. 12, 2019, pp. 269-284.
- Memorias en tinta. Ensayos sobre la representación de la violencia política en Argentina, Chile y Perú*, Universidad Alberto Hurtado, 2013.
- “Memorias sucedáneas: las formas de la justicia y la reparación en la novísima narrativa peruana”. *Revista de crítica literaria latinoamericana*, n. 84, 2016, pp. 283-300.
- “Tres veces muerto: narrativas para la justicia y la reparación de la violencia simbólica en el Perú”. *Revista chilena de literatura*, n. 97, 2018, pp. 127-152.

- Del Pino, Ponciano y Caroline Yezer. *Las formas del recuerdo. Etnografías de la violencia política en el Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, 2013.
- Denegri, Francesca y Alexandra Hibbett. *Dando cuenta: estudios sobre el testimonio de la violencia política en el Perú (1980-2000)*, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2016.
- Esparza, Cecilia. *El Perú en la memoria. Sujeto y nación en la escritura autobiográfica*, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2006.
- Fischer, Michael. “Autobiographical Voices (1, 2, 3) and Mosaic Memory: Experimental Sondages in the (Post)modern World”. *Autobiography and Postmodernism*, editado por Leigh Gilmore, Kathleen Ashley and Gerald Peters, University of Massachusetts Press, 1994, pp. 79-129.
- Freud, Sigmund. “Mourning and Melancholia”. *The Standard Edition of the Complete Psychological Works*, traducido por James Strachey, v. XIV, Hogarth Press, 1964, pp. 243-258.
- Fuller, Norma. “Acerca de la polaridad marianismo machismo”. *Lo femenino y lo masculino: Estudios sociales sobre las identidades de género en América Latina*, editado por Gabriela Arango, Magdalena León y Mara Viveros, Ediciones UniAndes, 1995, pp. 1-17.
- Gálvez Olaechea, Alberto. *Con la palabra desarmada. Ensayos sobre el (pos)conflicto*, Fauno, 2015.
- Gavilán, Lurgio. *Memorias de un soldado desconocido*, Instituto de Estudios Peruanos, 2012.
- Gilmore, Leigh. “The Mark of Autobiography: Postmodernism, Autobiography and Genre”. *Autobiography and Postmodernism*, editado por Leigh Gilmore, Kathleen Ashley and Gerald Peters, University of Massachusetts Press, 1994, pp. 3-18.
- Gorriti, Gustavo. *Sendero*, Apoyo, 1990.

- Henríquez, Narda. *Cuestiones de género y poder en el Conflicto Armado en el Perú*, Concytec, 2006.
- Huyssen, Andreas. “En busca del tiempo futuro”. *Puentes*, n. 2, 2000, pp. 12-29.
- Jameson, Fredric. *The Political Unconscious. Narrative as a Socially Symbolic Act*, Cornell University Press, 1981.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*, Instituto de Estudios Peruanos, 2012.
- Kogan, Liuba. *Regias y conservadores: mujeres y hombres de clase alta en la Lima de los noventa*. Congreso de la República del Perú, 2009.
- Klein, Melanie. *The Writings of Melanie Klein*, Free Press, 1975.
- Kristeva, Julia. *Soleil noir: dépression et mélancolie*, Gallimard, 1987.
- Lejeune, Philippe. *Le pacte autobiographique*, Persée, 1975.
- Manrique, Marie. “Generando la inocencia: creación, uso e implicaciones de la identidad inocente en los periodos de conflicto y posconflicto en el Perú”. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, v. 43, n. 1, 2014, pp. 53-73.
- May, George. *La autobiografía*. Fondo de Cultura Económica, 1982
- Milton, Cynthia E. *Conflicted Memory: Military Cultural Interventions and the Human Rights Era in Peru*, University of Wisconsin Press, 2017.
- Montecino, Sonia. *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Cuarto Propio, 1991.
- Oficina de Alto Comisionado para los Derechos Humanos de las Naciones Unidas. *Convención Interamericana sobre Desapariciones Forzadas de Personas*, 2006, ohchr.org/SP/AboutUs/Pages/WhoWeAre.aspx. Consulta: enero de 2020.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica, 1950.

- Perilli, Carmen. “Duelo y ficción en la posguerra peruana”. *Kipus. Revista Andina de Letras*, n. 36, 2014, pp. 133-144.
- Quiroz, Alfonso. *Historia de la corrupción en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos, 2013.
- Rancière, Jacques. *The Distribution of the Sensible*. Continuum, 2004.
- Reátegui, Félix. “Introducción”. *Realidades de posguerra en el Perú: omisiones, negaciones y sus consecuencias*. Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007, pp. 9-10
- “Desarrollo y construcción de la paz. Tensiones y convergencias desde el punto de vista de la justicia de transición”. *Realidades de posguerra en el Perú: omisiones, negaciones y sus consecuencias*. Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007, pp. 11-18.
- Ricoeur, Paul. *Temps et récit. 3. Le temp raconté*. Seuil, 1991
- Roos, Sarah. “Micro y macrohistoria en los relatos de filiación chilenos”. *Aisthesis. Revista de investigaciones estéticas*, n. 54, 2013, pp. 335-351.
- Saxton Ruiz, Gabriel. *Forasteros en tierra extraña*. Universidad Ricardo Palma, 2012.
- Seel, Martin. *Estética del aparecer*. Katz, 2010.
- Smith, Sidonie y Julia Watson. *Reading Autobiography*. University of Minnesota Press, 2001.
- Ubilluz, Juan Carlos, Alexandra Hibbett y Víctor Vich. *Contra el sueño de los justos. La literatura peruana ante la violencia política*, Instituto de Estudios Peruanos, 2009.
- Uffe, María Eugenia y Carmen Ilizarbe. “Paloma y acero. Sibila”. *Noticias SER*, 2013, noticiasser.pe/opinion/paloma-y-acero-sibila. Consulta: enero de 2020.
- Velasco, Juan. “Loss, History and Melancholia in Contemporary Latin American Cinema”. *Pacific Coast Philology*, v. 39, n. 39, 2004, pp. 42-51.

- Viart, Dominique. “Le silence des pères au principe du «récit de filiation»”, *Études françaises*, v. 45, n. 3, 2009, pp. 95-112.
- Vich, Víctor. *Poéticas del duelo: ensayos sobre arte, memoria y violencia política en el Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, 2015.
- Westphalen, Yolanda. “El horror de la memoria y las modernidades *borderline*”. *América sin nombre*, n. 22, 2017, pp. 37-47.
- Wieviorka, Annette. *The Era of the Witness*, Cornell University Press, 2006.
- Williams, Gareth. “Sovereignty and Melancholic Paralysis in Roberto Bolaño”. *Journal of Latin American Cultural Studies*, v. 18, n. 2-3, 2009, pp. 125-140.